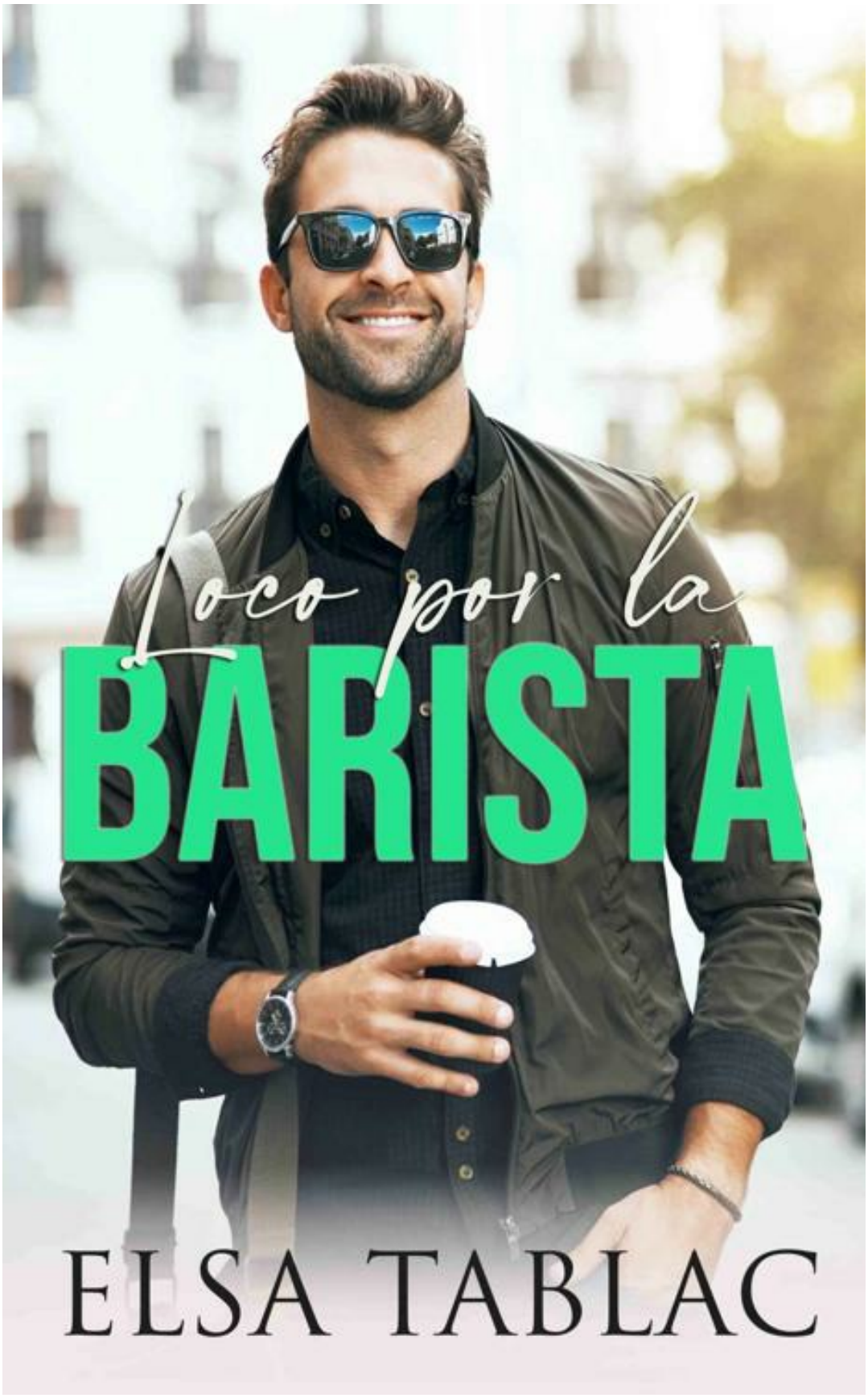

Loco por la
BARISTA
ELSA TABLAC


Loco por la
BARISTA
ELSA TABLAC

Contenido

CRÉDITOS
SINOPSIS
LOCO POR LA BARISTA
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
EPÍLOGO
YA DISPONIBLE
NEWSLETTER
Otros títulos

LOCO POR LA BARISTA

Millonarios de Manhattan #10

Primera edición: Septiembre 2024

Copyright © Elsa Tablac, 2024

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, sin la autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

SINOPSIS

Fiona trabaja en una acogedora cafetería de Manhattan. No es el trabajo de su vida, pero es el trabajo perfecto… por ahora.

Una mañana entra en el local Max Hale, un atractivo magnate inmobiliario acostumbrado a tenerlo todo. Planea comprar ese local y convertirlo en una oficina, pero la presencia de Fiona lo trastoca todo.

A medida que se debaten entre la atracción instantánea y lo diferentes que son sus mundos, Fiona y Max deberán decidir si están dispuestos a arriesgarlo todo por un amor inesperado. Y entre promesas rotas y giros inesperados, ella descubrirá que el amor verdadero podría estar más cerca de lo que nunca imaginó, pero ¿a qué precio?

Loco por la barista

Millonarios de Manhattan #10

Elsa Tablac

CAPÍTULO 1

FIONA

—¡Espabila, Fiona! ¡Te toca lidiar con el "especial de la casa"!

La voz de Jess, mi compañera de trabajo y una de mis mejores amigas, resonó desde detrás de la máquina de *espresso*. Ella era la reina de los apodos ingeniosos, y “especial de la casa” era su última creación.

Era su forma de referirse a los clientes difíciles, y ya veía por qué me estaba llamando. La cola de aquella mañana era la típica de un lunes: ejecutivos con traje, estudiantes arrastrando los pies y madres con prisa, todas, por supuesto, con la mirada fija en sus *feeds* de Instagram.

—¡Voy! —le respondí con un entusiasmo fingido, dejando el trapo sobre el mostrador y dirigiéndome a la caja.

Jess me lanzó una sonrisa pícara y un guiño.

—Ánimo, *lady*. Demuéstrales de qué estás hecha.

¿De qué estoy hecha?

De sueños, por supuesto. Como todo el mundo que se muda a este monstruo de ciudad y acaba sirviendo cafés de autor.

Me reí entre dientes mientras me colocaba detrás de la caja. Los clientes difíciles eran *mi especialidad*. Con los años de experiencia que ya tenía como barista, sabía cómo manejar de todo, desde el cliente que exigía leche de avena orgánica con una temperatura exacta, hasta el tipo que creía que estaba en un restaurante con servicio en mesa. Me encantaban los retos. Pero cuando levanté la vista y vi al hombre que Jess había etiquetado como "especial de la casa", mi entusiasmo se vino un poco abajo.

Era alto, de aspecto pulcro y perfectamente arreglado, con un traje oscuro que gritaba “caro”. Su cabello castaño claro estaba peinado hacia atrás, y esos ojos grises fríos parecían estar midiendo cada detalle de la cafetería con una mezcla de desaprobación y superioridad.

No encajaba para nada aquí, entre los muebles *vintage* y la decoración acogedora del local. Desde luego no era como los típicos oficinistas y consultores que bajaban a hacer una pausa a mitad de la mañana. No. Aquel hombre era como un cuadro renacentista colgado en un taller de *graffiti.*

Y lo peor de todo era que él parecía saberlo. Parecía muy consciente de sí mismo. Lo veía en la forma en que sus labios se curvaban en una ligera mueca mientras estudiaba la carta sobre nuestras cabezas. Estaba claro que no estaba impresionado.

—Buenos días, ¿qué puedo prepararte hoy? —le pregunté con mi mejor sonrisa impostada de barista.

Él me miró, y esos ojos grises me examinaron como si estuviera calculando cuánto tiempo tardaría en resolver una ecuación complicada. Tardó un segundo en responder.

—¿Hoy? Tu pregunta implica que vengo a menudo por aquí. Y es la primera vez que entro.

Efectivamente, era un “especial de la casa”. Jess tenía un ojo clínico.

No contesté a su pequeña impertinencia. Al contrario, ensanché un poco más mi sonrisa.

—Un *cappuccino*. Con extra de espuma.

Su voz era profunda, con uno de esos tonitos que no admiten errores.

—¿Y qué tipo de leche prefieres? —pregunté, manteniendo todavía la sonrisa aunque ya me rechinaban un poco los dientes. Por dentro, ya había decidido que no me caía bien este tipo.

—Entera, obviamente —respondió, como si la pregunta fuera estúpida.

No me refería exactamente a eso, más bien a sí prefería alguna bebida vegetal y esas cosas, pero decidí no entretenerme más y teclear la comanda en el ordenador. Lo mejor, de hecho, era ignorar el comentario, porque lidiar con aquel tipo de impertinencias era parte de mi trabajo. Pero no pude evitar que mis pensamientos se encallasen un poco. *Entera, obviamente*. Claro, señor *yo solo bebo leche entera porque la vida me lo debe*.

—Muy bien, un *cappuccino* con extra de espuma y leche entera.

Tomé su tarjeta de crédito sin mirarlo a los ojos y la pasé por la máquina.

—Serán cuatro dólares con cincuenta centavos.

Mientras imprimía el ticket, escuché a Jess toser suavemente para llamar mi atención desde detrás de la máquina. La miré y vi que me estaba observando, con las cejas levantadas, claramente disfrutando de este pequeño espectáculo. Al devolverle la tarjeta al atractivo *millonetis*, noté que su expresión de acelga no se había movido ni un milímetro, como si todo esto fuera tan rutinario para él como respirar.

—Tu bebida estará lista en un minuto —le dije, esperando que se retirara al menos un paso para que dejara de bloquear la caja.

Él asintió y se movió hacia el lado del mostrador, donde los clientes esperaban sus pedidos. Respiré aliviada cuando vio algo por ahí que le llamó la atención y se alejó un poco más. Algo en él me inquietaba, y no era solo aquel poco sutil aire de superioridad. Era la forma en que parecía desentonar tanto aquí, como si estuviera perdido y no quisiera admitirlo.

—Te ha tocado la lotería con ese, ¿eh? —susurró Jess mientras empezaba a preparar el *cappuccino.*

—Más bien la muñeca chochona de la feria.

Puse los ojos en blanco y comencé a atender a la siguiente clienta, una adorable anciana que venía a por su té verde de siempre.

—¿Has visto cómo te miraba? —insistió Jess, con una sonrisa que no presagiaba nada bueno.

—¿Cómo si estuviera pensando en comprar el local solo para poder cerrarlo? —respondí, sarcástica. Jess se rio mientras añadía la espuma extra al *cappuccino.*

—Bueno, si lo compra, ¿crees que nos pagará por trabajar aquí? Tal vez podría ofrecerme un aumento —bromeó mi compañera, girándose para colocar la taza en el mostrador.

—No sé si un tipo como él siquiera piensa en los aumentos. Seguramente cree que todos vivimos del aire.

La anciana del té verde se retiró con una sonrisa agradecida, y yo volví la atención a la fila, que por fin había comenzado a disminuir.

Max Hale. Ese fue el nombre que vi en su tarjeta de crédito. Sonaba como a salido de una novela de misterio, pero lo cierto es que la realidad era menos interesante. Solo era otro hombre de negocios arrogante, lo suficientemente rico como para pensar que su tiempo era más valioso que el mío. No debería sorprenderme. Hay mucha gente así circulando por este mundo.

Limpié el mostrador mientras mi mente seguía revoloteando. Había algo que me molestaba

más allá de su aire arrogante. Era la forma en que me había hecho sentir, como si no perteneciera a su mundo. Y eso era ridículo, porque claramente no lo hacía. Ni quería hacerlo.

—Fiona, tu admirador está esperando.

Jess me lanzó una sonrisa traviesa, inclinando la cabeza hacia Max, que seguía esperando su bebida. Estaba disfrutando como loca aquella mañana, la muy cabrona.

—Es todo tuyo. Yo ya terminé con él —respondí, recolocando por enésima vez las servilletas para que Jess viese lo ocupadísima que estaba.

—¡Oh, no! Ni de coña. Te ha tocado a ti desde el principio, así que termínalo tú —insistió ella, mientras se deslizaba hacia la parte trasera para empezar a organizar los suministros.

—Traidora —murmuré.

Jess no tenía problema normalmente en ocuparse de los clientes que no me apetecían —como yo hacía por ella de vez en cuando—, pero esa vez se escaqueó, muy habilidosa.

Enarbolé de nuevo mi sonrisa. No estaba dispuesta a que el tal Max Hale me arruinase la mañana.

Cogí la taza y me acerqué al mostrador de entregas.

—Aquí tienes. Tu *cappuccino* con extra de espuma y leche entera —anuncié, colocándolo delante de él con un poco más de ímpetu del habitual.

—Gracias.

Por un segundo, pareció que iba a decir algo más, pero entonces sus ojos se fijaron en algo detrás de mí, y su expresión volvió a ser la misma de antes: fría e impenetrable. No esperé a que me diera las gracias de nuevo; me giré rápidamente para seguir con mi trabajo.

Se sentó al fondo del local, junto a la ventana. Intenté no prestarle más atención en los veinte minutos que pululó por allí. Cuando finalmente se marchó, sentí que el lugar recuperaba su ritmo normal.

Jess se asomó desde el almacén y me miró.

—¿Ni siquiera vas a admitir que era un poco guapo, aunque fuese un tanto…?

—¿De qué me hablas ahora, Jessie? —le pregunté, haciéndome la loca.

Me contestó con una simple mirada condescendiente. Pasamos tantas horas al día juntas que nos comunicamos con telepatía.

Suspiré.

—Guapo, tal vez. Hegemónicamente. Pero me cayó mal —respondí, encogiendo los hombros —. No me gusta la gente que actúa como si tuviera derecho a todo.

—A lo mejor solo necesita que alguien le baje un poco los humos.

Le lancé un trapo y Jess desapareció de mi vista. En el fondo sabía que ella tenía razón, como casi siempre. Si el tal Max Hale me había afectado tanto, podría ser por algo. Un síntoma.

Tenía algo que no podía quitarme de la cabeza, más allá de su planta perfecta o de su actitud. Pero iba a quedarse ahí. Mejor no darle más vueltas. Era solo otro cliente más. Al menos, eso me dije a mí misma mientras continuaba con mi turno.

CAPÍTULO 2

MAX

Había recorrido decenas de locales en Manhattan en las últimas semanas, cada uno con su propia historia y carácter. La mayoría, como este, me parecían más de lo mismo: un espacio con potencial que solo necesitaba el toque adecuado para transformarse en algo más rentable.

La cafetería que había visitado esa mañana, *Baxter & Beans*, no era diferente a las otras, al menos en lo referente a su estructura. Sin embargo, algo en mi visita me había perturbado de una manera que no esperaba.

No era el local, aunque tenía cierto encanto, con sus muebles *vintage* y su aire acogedor.

No.

Lo que se había quedado anclado a mi mente era la chica que había atendido mi pedido. Fiona, decía la plaquita blanca que pendía de su camisa. Había algo en ella que me había descolocado, y no podía dejar de pensar en ello.

Normalmente, cuando visitaba un local de incógnito, los empleados se comportaban con una mezcla de servilismo y nervios. Reconocían mi rostro o, al menos, intuían que era alguien importante, y su comportamiento cambiaba de inmediato. Se esforzaban por agradarme, sabiendo que su futuro laboral podía depender de la impresión que me causaran. Pero esa chica, Fiona, no había mostrado nada de eso. De hecho, estoy seguro de que, si hubiera podido, me habría despachado con más rapidez para atender al siguiente cliente. Su trato había sido directo, sin adornos, casi... indiferente.

Era raro que alguien no intentase adularme o buscar mi aprobación. Y más las mujeres, que son cien mil veces más intuitivas. Y eso, precisamente, era lo que me intrigaba.

Cuando entré a *Baxter & Beans* esa mañana, esperaba una visita rutinaria. Había planeado tomar nota del estado del local, de los techos, comprobar la afluencia de clientes en ese lado de la calle y confirmar si era viable para mi próximo proyecto. La oferta para comprar el local estaba prácticamente lista; solo necesitaba asegurarme de que no había detalles importantes que hubiese pasado por alto. Eso era algo que me gustaba hacer en persona.

La primera visita, sin embargo, la había hecho de noche, con Baxter, el propietario. Fuimos cuando no había por allí ninguna de sus empleadas. De esta forma las transacciones son más… discretas. Y después siempre hago una segunda visita de incógnito, como un cliente más.

Sin embargo, no había contado con la posibilidad de que alguien como Fiona se cruzara en mi camino. A simple vista, era solo otra barista en la interminable lista de empleados que había conocido. Pero su forma de mirarme, con esa mezcla de curiosidad y desdén, me había dejado con ganas de saber más.

Por no hablar de lo guapa que era y lo poco consciente que parecía de su atractivo.

Recordaba perfectamente cómo me observó mientras le pedía el *cappuccino*. Su sonrisa, aunque cortés, no tenía la calidez artificial que otros empleados solían mostrarme. Era como si me tratara exactamente igual que a cualquier otro cliente, sin esfuerzo alguno por impresionarme.

Ese tipo de honestidad, o quizás indiferencia, era algo que no había experimentado en mucho tiempo. Y esa simple interacción me había dejado dándole más vueltas de las que debería.

En el rato que pasé allí, además de lanzar discretas miradas en la dirección de Fiona, no se me escapó que el lugar tenía su encanto tal y como estaba. Pero no lo suficiente como para justificar que no siguiera adelante con mis planes.

Mi empresa ya tenía una estrategia clara: transformar ese local en una agencia inmobiliaria moderna, perfectamente alineada con nuestras otras oficinas en Manhattan. Los estudios de mercado eran claros, y el potencial de rentabilidad estaba más que probado.

Sin embargo, había una sensación incómoda en mi pecho, un sentimiento que normalmente no asociaba con el negocio.

Me pregunté qué pasaría con Fiona y el resto del personal cuando la compra se concretase. A ver, no era algo que normalmente me preocupara, pero por alguna razón, imaginarla a ella fuera de ese entorno, posiblemente sin trabajo, me hizo sentir una punzada de... ¿culpa?

Sacudí la cabeza, tratando de quitarme esa idea absurda de la cabeza. Los negocios eran los negocios, y no podía permitirme que ciertas emociones interfirieran. Fiona no era más que una empleada en un café que pronto dejaría de existir. Pero aun así, la idea de que pudiera perder su empleo por una decisión mía no me dejaba tranquilo.

El resto del día transcurrió como de costumbre, entre reuniones y llamadas interminables, revisando detalles de contratos y cerrando tratos. Pero en algún rincón de mi cabeza se proyectaba lo mismo una y otra vez; la imagen de Fiona seguía apareciendo, como un mosquito pesado que no podía ignorar.

Esa manera de dirigirse a mí, como si no le hubiese caído bien, seguía desconcertándome. Quizás por eso, cuando Alice, mi asistente, me preguntó si necesitaba algo más para mañana, respondí sin pensarlo demasiado:

—Sí, agenda una visita para *Baxter & Beans* de nuevo. Quiero pasar por allí otra vez. Iré sobre las once y estaré fuera una hora más o menos, pero no me pongas ninguna reunión por la mañana.

—¿Otra vez? —preguntó, levantando una ceja, pero sin atreverse a cuestionar mi decisión.

—Sí, otra vez —dije con un tono que indicaba que no necesitaba explicaciones.

Pero la verdad era que no estaba completamente seguro de por qué quería volver. Sabía cómo era el local, sabía cómo funcionaba el negocio, y ya tenía toda la información necesaria para hacer la oferta. Sin embargo, me sentía casi en la obligación de ir otra vez.

Quizás quería comprobar si mi percepción de Fiona había sido solo una impresión pasajera. O tal vez, en lo más profundo de mi ser, quería asegurarme de que no había cometido un error al subestimarla. Por supuesto, no podía admitir eso ni siquiera ante mí mismo. Lo envolví en un manto de profesionalismo, diciéndome que era simplemente una revisión final, una inspección extra antes de cerrar el trato.

Esa noche, mientras repasaba los documentos del día, me encontré divagando con pensamientos que no tenían nada que ver con mis negocios.

Otra vez ella. La chica de la cafetería.

Fiona.

Era un nombre perfecto para ella. Sonaba a poesía.

Me pregunté si Fiona sospechaba lo que estaba a punto de suceder, si ya había rumores sobre la venta del local. Y si lo sabía, ¿cómo se lo estaría tomando? ¿Le importaba? ¿O tal vez ya tenía un plan B para seguir adelante?

De nuevo, sacudí la cabeza, irritado conmigo mismo por dedicarle tanto tiempo mental a una mujer que solo había visto una vez y a la que, para colmo, no le había caído bien.

Pero lo cierto era que, por primera vez en mucho tiempo, alguien había logrado hacerme sentir fuera de mi zona de confort. Y no estaba seguro de cómo debía reaccionar ante eso.

Me dije que esta visita de regreso sería la última, solo para asegurarme de que todo estaba en orden. Después seguiría adelante con mis planes, tal y como lo hacía siempre. Pero mientras apagaba la luz y me acomodaba para dormir, no pude evitar una sonrisa.

La idea de regresar a *Baxter & Beans* al día siguiente, aunque solo fuera para observar de nuevo a Fiona en su entorno, me resultaba sorprendentemente... placentera.

Casi como un acontecimiento.

CAPÍTULO 3

FIONA

—¿Te has enterado de lo que dicen?

La voz de Jess quebró el tranquilo murmullo matutino de *Baxter & Beans* mientras partía un *croissant* por la mitad, con una precisión que solo alguien con años de experiencia podía lograr.

—Cuéntame. ¿Qué ha pasado esta vez? —pregunté, levantando la vista de la taza de café que estaba sirviendo. Sabía que cuando Jess empezaba con esas preguntas-anzuelo, era porque tenía algo importante que contar.

Se quitó el delantal y se acercó un poco, bajando la voz como si el simple hecho de hablar pudiese ponerla en un aprieto.

—Es el negocio.

—¿Qué negocio?

—Este. Escuché a uno de los proveedores decir que el dueño está pensando en jubilarse.

—¿Baxter? Pero si apenas viene por aquí…¿Tú lo has visto últimamente?

—No. Y me cuadra. Antes venía más. Lo deja todo en nuestras manos, y en la de su hija Bella. Aunque ella tampoco parece muy interesada en lo que se cuece por aquí. No sé. Es casi… ofensivo.

Respiré hondo. Aquel era un tema sensible para Jess. Una de sus peores fobias era quedarse sin trabajo de un día para otro. No era muy dada a ahorrar y algo así le traería problemas.

—¿Y qué si se jubila? ¿Qué tiene eso de malo?

Le pasé la taza al cliente que había estado esperando pacientemente en la barra, luego redirigí la atención hacia Jess, aunque mi mente ya empezaba a dar vueltas a lo que acababa de decirme.

—Pues que, según dicen, ni Bella ni su otro hijo descarriado están interesados en continuar con la cafetería —Jess hizo una pausa dramática para que yo absorbiera las noticias, o más bien sus precipitadas conclusiones—. Lo que significa que podrían venderla.

Aquel último comentario me cayó encima como una losa. No estaba cómoda con esa idea, no. Nada cómoda.

Paseé la mirada por la cafetería. Era un lugar mágico. *Baxter & Beans* había sido como mi segunda casa en los últimos tres años. Los muebles desgastados, las fotos enmarcadas en las paredes, el aroma a café recién molido que impregnaba el aire... todo eso podría desaparecer si lo vendían. Sin embargo, para mi sorpresa, la idea no me causó el pánico que tal vez debería haber sentido.

—¿Y qué pasaría si la venden? —respondí, encogiéndome de hombros.

Jess me miró como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Cómo que “si la venden”? ¿No te importa?

—No es eso... —dije, cogiendo una bandeja con algunas tazas vacías y llevándola al fregadero.

La verdad era que, aunque le tenía cariño a la cafetería, aquella posibilidad no me perturbaba tanto como esperaba. Claro, me encantaba trabajar ahí, pero últimamente había empezado a sentir que me estaba acomodando demasiado. Día tras día, las mismas caras, las mismas tareas, la misma rutina. Tal vez un cambio no sería tan malo.

—No lo sé, Jess. A veces pienso que tal vez... —me detuve, buscando las palabras adecuadas —. Tal vez un empujón no me vendría mal.

Se quedó mirándome con incredulidad, dejando a un lado los *croissants*.

—¿Un empujón? Fiona, has trabajado aquí durante años. ¿Qué vas a hacer si cierran? ¿Te has parado a pensarlo?

Me encogí de hombros de nuevo, aunque esta vez fue más para calmarme a mí misma que a ella.

—Pues ni idea. Quizá sea el momento de hacer algo diferente. He estado tan cómoda aquí que he dejado de pensar en lo que realmente quiero hacer. Tal vez todo esto sea una señal para que lo averigüe.

Jess me observó en silencio durante un momento, y luego asintió lentamente, como si tuviese que procesar lo que había dicho.

—Supongo que tienes razón. Pero aún así, es una mierda, ¿no? Quiero decir, este lugar es especial. No es solo una cafetería.

—Lo sé —admití, sintiendo un poco de nostalgia anticipada. —Pero también sé que nada dura para siempre. Es mejor no aferrarse a las cosas. Ni a las personas.

Jess se quedó callada por un momento, y luego soltó un suspiro.

—Bueno, entonces esperemos que, si lo venden, quienquiera que lo compre no lo convierta en otra cosa. ¿Te imaginas si lo transforman en algo horrible, como una cadena de comida rápida o un banco?

Hice una mueca de disgusto ante esa idea.

—Sería una pena, pero mira, no está en nuestras manos. No podemos hacer mucho al respecto, ¿no? Así que mejor no preocuparse antes de tiempo.

Jess y yo nos separamos y volvimos a nuestras respectivas tareas, pero la conversación seguía dando vueltas en mi cabeza. Podría perder mi trabajo, pero en lugar de asustarme, sentía una especie de liberación anticipada. La vida a veces te obliga a moverte, a tomar decisiones que de otra manera no tomarías. Quizás esta era una de esas ocasiones.

Mientras secaba unas tazas, mi mirada se desvió hacia la mesa en el rincón donde Max Hale estaba sentado, como lo había hecho durante los últimos tres días. Tenía que reconocer que desde su primera visita había dejado de ser tan estúpido. No hablaba mucho, pero cuando lo hacía, su tono era más relajado, casi... cordial. Lo había notado desde el segundo día, cuando pidió su *cappuccino* sin la habitual mueca de superioridad.

Ahora estaba allí, como si se hubiese convertido en uno de nuestros habituales, con una taza de café a un lado y un montón de papeles al frente. Su presencia en la cafetería se había convertido en una constante, y aunque intentaba no darle demasiada importancia, me resultaba imposible ignorarlo. De vez en cuando, me sorprendía buscando excusas para acercarme a su mesa, ya fuera para limpiar algo o para preguntar si necesitaba otra taza de café. Yo también había bajado la guardia, supongo.

Era raro, pero había algo en él que comenzaba a gustarme. Al principio, su actitud arrogante me había molestado, pero con cada visita, parecía más... humano. Menos intimidante, tal vez. O quizás era simplemente que me estaba acostumbrando a su presencia. De cualquier manera, había

algo intrigante en él. Cada vez que sonaba la campanilla y aparecía en la puerta mi corazón anestesiado se alborataba.

—Fiona, otra vez lo estás mirando —dijo Jess en voz baja, arrastrándome hacia la realidad.

—¿Qué? No... solo estaba asegurándome de que todo estuviera en orden —respondí rápidamente, sintiendo el calor subir a mis mejillas.

—Claro que sí —replicó Jess con una sonrisa burlona.

—Deberías acercarte y hablarle. Es la tercera vez que viene en tres días seguidos. Quizás le gusta algo más que el café.

Chasqueé la lengua, tratando de ignorar el comentario. Pero Jess tenía razón en una cosa: tres días seguidos no podían ser solo coincidencia. Me acerqué a su mesa con la excusa de limpiar la de al lado.

—¿Mucho trabajo? —pregunté, tratando de mantener mi tono ligero y profesional.

Max levantó la vista de sus papeles. Sus ojos grises reflejaban la luz del tráfico en el exterior y cierta sorpresa, como si no esperase que me acercara.

—Más o menos. Pero es fácil concentrarse aquí —respondió con una sonrisa apenas perceptible, antes de volver la mirada a sus papeles.

—Oh, sí. Parece mentira que en medio de tanto bullicio, en pleno Manhattan…

No terminé la frase. Me quedé allí, de pie, parada de él como una tonta insegura, sin saber si debía decir algo más o cerrar el pico y volver a mi sitio.

—¿Esto es siempre así de tranquilo? —preguntó él de repente, mirándome nuevamente, esta vez con un interés que no había mostrado antes.

Esos ojos. Esa energía…

Dios mío, ¿mi pulso se estaba acelerando?

No era muy raro que yo fantaseara con alguno de nuestros clientes, los había bastante *top*, pero nunca había perdido mi habitual locuacidad delante de ninguno.

—Depende de la hora. A primera hora suele haber bastante ajetreo, pero ahora que es media mañana, la mayoría de la gente ya se ha ido a trabajar…—hice una pausa, y luego añadí, más por curiosidad que otra cosa —: Parece que te gusta venir aquí últimamente.

—Sí. Vuestro café es excelente. Supongo que no puedes decirme dónde lo compráis…

Sonreí.

—Me temo que no puedo.

—Es un buen sitio para trabajar, también.

—Bueno, a Baxter no le hace demasiada gracia lo de los ordenadores en las mesas, pero Jess y yo conseguimos que entrara de lleno en el siglo veintiuno.

—¿Baxter?...

—Es el dueño.

—Oh, claro. *Baxter & Beans.*

Aquella conversación era pura formalidad. No era menos que lo que yo misma me exigía ante un buen cliente. Pero había algo en la forma en que decía las cosas que me hizo sentir bien. Como si realmente pensara que el café era bueno. (Por cierto, lo era).

—Bueno, me alegra que te guste. El café.

Me quedé un segundo más allí plantada, sintiendo que tal vez había más en esa conversación de lo que parecía. Pero antes de que pudiera decir algo más, Max volvió a sus documentos, indicándome con un gesto sutil que la conversación había terminado.

Volví al mostrador, tratando de ocultar una sonrisa. Max Hale empezaba a ser un misterio. ¿Qué eran todos aquellos papeles? ¿Quién se mueve por Nueva York con *papeles*? Era un

enigma, sí. Uno que estaba empezando a alegrarme las mañanas y que pedía a gritos ser desentrañado.

CAPÍTULO 4

MAX

—Max, Baxter lleva intentando localizarte toda la mañana.

La voz de Alice resonó en mi auricular. Podía imaginármela revisando su reloj de pulsera, calculando el tiempo que llevaba escapándome de mis responsabilidades.

—Pues deja que lo intente un poco más —respondí, observando desde mi asiento en la esquina a Fiona, que estaba al otro lado del mostrador, completamente ajena a la situación.

Su pelo rubio ceniza caía en ondas suaves sobre sus hombros mientras preparaba un *latte* para un cliente. Tenía una forma de moverse, una mezcla de eficiencia y gracia, que hacía que me fuera imposible apartar la mirada. Supongo que a esas alturas se me notaba bastante y, ¿sabes qué? Me daba exactamente igual.

Alice continuó, erre que erre:

—Max, siento ser una pelma, pero esto está empezando a ser ridículo. Es el tercer día que te pasas la mañana trabajando desde una cafetería. ¿Qué demonios estás haciendo? ¿Te has convertido en uno de esos universitarios? ¿Ahora eres diseñador gráfico?

Dejé escapar una carcajada. Alice era una de las pocas personas en este planeta a la que permitía que me hablase así, cantándome las cuarenta. De vez en cuando me sentaba bien.

Mi secretaria sonaba entre preocupada y exasperada, y, la verdad, no la culpaba. Normalmente, tres días sin cerrar un trato importante habrían sido inconcebibles para mí.

—Lo sé, lo sé —dije, intentando no sonar tan culpable como me sentía —. Solo necesito... un poco más tiempo.

—¿Más tiempo aún? —el tono de Alice dejó claro que no se lo creía ni por un segundo —. Pero, ¿para qué, exactamente?

Suspiré, echando un vistazo a la pila de documentos frente a mí que apenas había tocado.

—Es complicado, Alice. Lo de este local en concreto es un asunto delicado.

—¿Delicado? Por favor, Max. Lo hemos hecho mil veces antes. Entras, lo visitas, evalúas, haces la oferta, y luego remodelamos. Fin de la historia.

—Sí, pero esta vez es diferente.

Mis ojos volvieron a Fiona mientras ella sonreía a un cliente y le pasaba su café. Esa sonrisa… era la primera vez en mucho tiempo que algo tan simple conseguía desarmarme.

—Hay... factores que no habíamos considerado –añadí, antes de que Alice contraatacase de nuevo.

—¿Factores cómo qué?

Me quedé en silencio, sabiendo que, si se lo decía, ni siquiera yo me lo creería. ¿Cómo podía explicarle a Alice que Fiona, la chica del café, estaba empezando a importarme? Que, por alguna razón ridícula, me preocupaba la idea de que ella pudiera quedarse sin trabajo por mi culpa. Y más ridículo aún, que ella era la razón por la que me pasaba las mañanas aquí, observándola,

tratando de encontrar una forma de resolver esta situación sin que ninguno de los dos saliera escaldado.

—Max... ¿está pasando algo de lo que deba preocuparme?

Alice parecía más desconcertada que antes, lo cual tenía sentido. Este no era yo. Y ella era como un sabueso que olfateaba absolutamente todo. Era una versión femenina y experimentada de Sherlock Holmes. Por eso trabajábamos mano a mano en casi todo. El hecho de que Alice saliese con mujeres me facilitaba mucho las cosas en ese sentido. Pasábamos tanto tiempo juntos que casi era una bendición que hubiésemos descartado esa posibilidad desde el principio de los tiempos…

—Max.

—Nada de lo que debas preocuparte —respondí, aunque sabía que eso solo la haría preocuparse más —. Voy a solucionar esto. Solo dame un par de días más.

Alice suspiró al otro lado de la línea.

—Haz lo que tengas que hacer, pero no puedes seguir evitando a Baxter. Si no cerramos el trato pronto, alguien más lo hará. Ese local es muy jugoso.

—Lo sé.

Colgué antes de que pudiera decir algo más. No tenía respuestas para ella, ni para mí mismo, en realidad.

Observé a Fiona una vez más. Era ridículo. Yo, Max Hale, un hombre que había hecho su fortuna tomando decisiones rápidas, certeras y calculadas, me encontraba completamente atascado en una cafetería de Manhattan, hipnotizado por una chica que ni siquiera sabía quién era yo realmente. Tenía el control de mi vida y de mi negocio, y sin embargo, me sentía completamente fuera de lugar aquí.

Es ahora o nunca, pensé. No podía seguir así, y si iba a hacer algo al respecto, tenía que ser ya. Me levanté de la mesa, dejando los papeles a un lado, y me dirigí hacia el mostrador. Sabía muy bien que la única forma de avanzar era acercarme a Fiona de una manera más directa. Supongo que la llamada de Alice para ponerme las pilas, en el fondo, había surgido efecto.

—¿Te ha gustado el café? ¿Otro? —preguntó ella cuando me acerqué. Su tono era profesional, pero siempre había una chispa de curiosidad en su mirada.

—Siempre me gusta—le sonreí, y esta vez ella no pudo evitar devolverme la sonrisa. No era un mal comienzo. Habíamos avanzado bastante en solo tres días —. No voy a tomar cafés. No quiero que me dé una taquicardia. Pero me preguntaba si podrías ayudarme con algo más.

—¿Algo más? —alzó una ceja, claramente interesada pero con cierta desconfianza.

—Sí. Me preguntaba si podrías enseñarme la trastienda.

Puse mi mejor cara de negocios, aunque sentí que mi sonrisa me delataba.

Soltó una risotada.

—¿La trastienda? —Fiona me miró incrédula —. ¿Por qué?

—Solo... quiero echar un vistazo. Estoy considerando unas reformas en mi oficina y pensé que podría tomar algunas ideas de cómo organizáis el almacenaje aquí.

—¿En serio? —su voz estaba llena de sarcasmo, pero no podía culparla. Era una excusa patética.

Necesitaba hablar con ella a solas, invitarla a salir. Y no quería hacerlo allí, con ella detrás del mostrador.

—Oh, ya entiendo. Quieres cotillear lo del café. Siento decirte que viene en paquetes genéricos. No tienen una marca comercial de la que puedas hacer acopio.

—No es el café.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

Hice un esfuerzo por parecer convincente, pero algo en su expresión me dijo que no se lo tragaba del todo. Aun así, no parecía importarle demasiado.

—Está bien, sígueme. Pero no esperes nada del otro mundo.

Fiona me llevó hacia la puerta que daba a la parte trasera de la cafetería. Al cruzarla, me encontré en un espacio mucho más pequeño y menos glamuroso que el área principal del local. Había estanterías llenas de suministros, bolsas de café, cajas de leche, y un par de mesas viejas cubiertas con trapos. No había sido una petición inocente y quedarme un momento a solas con Fiona no era la única razón por la que quería estar allí.

Sí o sí, tenía que decidirme sobre el local. Y tenía que ver la trastienda por última vez. Mientras Fiona giraba sobre sí misma de forma adorable, con los brazos extendidos, eché un rápido vistazo al techo flotante y a la instalación eléctrica.

—Y aquí es donde sucede la magia —dijo, sacándome de nuevo una sonrisa.

—Tienes razón. No es lo que esperaba.

Miré a mi alrededor, fingiendo un interés profesional.

—¿Así que realmente estás pensando en remodelar tu oficina? —preguntó, apoyándose contra una de las estanterías—. ¿No vas a decirme a qué te dedicas?

—Sí, algo así. Y digamos que me dedico a los negocios inmobiliarios…

Mis ojos se encontraron con los suyos y nuestras respectivas sonrisas se congelaron. Sentí que había llegado el momento de terminar con aquella pantomima.

—...Pero si te digo la verdad…la verdad es que solo quería una excusa para hablar contigo a solas.

Ella sonrió, aunque parecía sorprendida. ¿Me había pasado? ¿La estaba incomodando?

—¿Ah, sí?

—Sí —. Di un paso más cerca de ella, notando cómo su respiración se aceleraba ligeramente —. Es un poco ridículo, ¿no? Un tipo como yo, pasando las mañanas aquí, cuando tengo otras mil cosas que hacer…

—Es un poco raro, sí.

Su voz era suave, pero no se apartó.

—La verdad es que no puedo dejar de pensar en ti, Fiona.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerme. Pero no me arrepentí. En ese momento, vi cómo sus ojos brillaban con algo más que sorpresa. Había algo ahí, algo que me decía que no estaba solo en esto. Que no estaba haciendo el ridículo, o al menos no del todo.

—Max... —empezó a decir, pero no pude resistirme más. La atraje hacia mí y la besé, sintiendo cómo se rendía en mis brazos. Cómo me correspondía. Primero con su calor, y después, con sus manos.

El beso fue suave al principio, pero pronto se volvió más intenso, como si ambos estuviéramos intentando compensar aquellos ridículos días de incertidumbre. Sentí sus manos deslizándose por mi espalda, y por un momento, todo lo demás desapareció.

Hasta que oímos un carraspeo.

Nos separamos de golpe, mirando hacia la puerta donde la compañera de Fiona nos observaba, entre sorprendida y alucinada.

—Eh... perdón, ¿interrumpo algo? —preguntó, claramente disfrutando de la situación.

Fiona se apartó de mí, nerviosa y avergonzada.

—No, no. Adelante. Estábamos…revisando el café.

Aquello era ridículo. No sabía muy bien los entresijos de la relación entre ellas, pero confiaba en no haberla puesto en un aprieto.

—Oh, claro que no —respondió Jess, alzando las manos en señal de rendición, pero con una sonrisa que dejaba claro que no se creía ni una palabra —. Solo vine a buscar más azúcar. Pero, ya sabes, continuad con... lo que sea que estabáis haciendo.

Fiona me lanzó una mirada de pura mortificación mientras su compañera se retiraba.

—Creo que acabamos de ser pillados —dije, tratando de aliviar la tensión con una sonrisa.

—Sí, y ahora tendré que escucharla toda la tarde.

Fiona sacudió la cabeza, pero no podía evitar sonreír.

—Espero no haberte metido en problemas.

—Oh, no.

—Tú di que toda la culpa es mía.

—Lo haré, no lo dudes.

—Valió la pena —respondí, inclinándome para darle un beso rápido antes de que Jess volviera —. Esto… Fiona… A lo mejor podríamos…no sé. ¿Querrías cenar conmigo? ¿Esta noche?

CAPÍTULO 5

FIONA

Al día siguiente era sábado, así que no trabajaba. Era perfecto. No tenía ninguna prisa. Tenía todo el tiempo del mundo para asomarme a aquella mirada gris y bucear hasta el fondo.

Estaba sentada frente a Max; en una mesa para dos en el rincón más acogedor de un restaurante que probablemente no podría haberme permitido por mí misma, y me sentía como en un sueño.

Habíamos cenado, charlado y reído, y ahora, mientras compartíamos un postre de chocolate que alguien tenía que haber pasado un buen rato elaborando, la noche prometía. O al menos parecía haberse convertido en algo mucho más significativo de lo que había esperado.

—Entonces, ¿cómo es que una chica como tú acabó trabajando como barista? —preguntó Max, rompiendo un trozo del postre y pasándomelo por encima de la mesa.

—¿Una chica como yo? —repetí con una sonrisa, aceptando el trozo de chocolate —. ¿Qué significa eso exactamente?

Él se encogió de hombros. Tardó unos segundos en contestar, como si buscase las palabras adecuadas.

—Alguien inteligente; o brillante, diría más bien, ingeniosa, con una sonrisa que ilumina la mañana de cualquiera... Pareces capaz de cualquier cosa. Pero me sorprende verte en la cafetería todos los días.

—Bueno, tal vez es porque... —empecé, buscando la manera de expresar lo que sentía sin sonar demasiado simple —. Porque me gusta. Trabajar en la cafetería me da una especie de paz que no encuentro en ningún otro lado. Es como... un refugio.

Me miró con interés, como si estuviera intentando descifrar algo que no lograba entender del todo.

—¿Paz?

Asentí, dejando el tenedor en mi plato vacío.

—Sí, paz. No sé cómo explicarlo bien, pero es como si el mundo entero se ralentizara cuando estoy allí. La gente viene, se relaja, disfruta de su café... Y yo soy parte de ese pequeño ritual. Es un lugar donde todo el mundo es bienvenido, donde todos pueden ser ellos mismos. No sé. Me gusta ser parte de eso.

—¿Y te ves haciendo eso... siempre?

La pregunta de Max era casual, pero noté una ligera tensión en su voz, como si lo que yo dijera fuese más importante de lo que dejaba entrever.

—No lo sé —admití, jugueteando con el borde de mi copa de vino —. No he pensado demasiado en el futuro, la verdad. No tengo un plan B. La cafetería es lo que conozco, lo que me da estabilidad ahora mismo y ordena mi rutina. Y en un mundo tan caótico, eso tiene mucho

valor para mí.

Asintió lentamente, como si estuviera procesando mis palabras. Por un momento, se quedó en silencio, observándome de una manera que me hizo sentir que estaba viendo más allá de nuestra conversación, o más bien intentando leer lo que no decía.

—Es curioso —dijo al fin, con un tono más suave—. Nunca pensé que alguien podría encontrar paz en medio del caos de esta ciudad.

—Tal vez es porque ese caos es externo, pero en la cafetería es diferente. Es como un oasis en medio de todo el ruido y la prisa —lo miré a los ojos, sintiendo una conexión que no había sentido antes —. Sé que puedo sonar como una idiota, pero creo que no necesito mucho más para ser feliz. No tengo grandes ambiciones ni sueños de conquistar el mundo. Solo quiero un lugar donde me sienta bien, donde pueda ser yo misma. Sé que puede resultar difícil de entender, pero…

Max sonrió, y esa sonrisa tenía algo diferente esta vez. Era un poco más cálida. Más genuina.

—No suenas como una idiota en absoluto. Lo que dices tiene todo el sentido. De hecho suena…perfecto.

La energía entre nosotros cambió de manera sutil, pero intensa. Innegable. Sentí mi corazón acelerándose mientras lo miraba, y de repente, me di cuenta de lo que estaba pasando. Esto no era una cita más. No era una de esas noches que recordarías con una sonrisa fugaz antes de pasar a la siguiente. No, esto era algo más. Algo real.

Me incliné hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—¿Sabes qué es lo más gracioso de todo esto?

—Qué.

—Que el primer día me caíste fatal.

—No te creo.

—Oh, sí —no pude evitar reírme al recordar nuestra primera interacción —. Entraste en la cafetería como si el mundo te debiera algo. Tan serio, tan... distante. Con tu leche entera. Pensé: ¿qué demonios hace aquí? Este no es su sitio.

Max se echó hacia atrás en su silla, claramente disfrutando de mi confesión.

—¿Y ahora? ¿Sigue sin ser mi sitio?

Me mordí el labio, sintiendo cómo el calor subía a mis mejillas.

—Bueno... digamos que me has hecho cambiar de opinión. Resulta que, bajo esa fachada de magnate estirado, hay alguien con quien realmente disfruto hablar.

Nuestros dedos se entrelazaron sobre el mantel.

—Eso es un gran alivio —dijo, con una sonrisa más grande—. No creo que pudiera soportar que me odiaras, especialmente después de hoy.

Me quedé mirándolo, sintiendo cómo su calor me envolvía. Había algo en su tono, en la manera en que me miraba, que me hacía sentir que no estaba jugando, que realmente quería decir cada palabra. Y eso... eso lo cambiaba todo. Podía equivocarme, claro. No sería la primera vez. Y tampoco podía decir que sabía muy bien quién era aquel hombre. Pero ya había tomado la decisión de arriesgarme, de dar el salto de su mano.

Y eso era incuestionable.

—Max... —empecé, sin saber exactamente cómo expresar lo que estaba sintiendo —. Esta noche ha sido... diferente.

Él se inclinó hacia adelante, como si mis palabras fueran las únicas que importaran en ese momento.

—¿Diferente, cómo?

A ver cómo se lo explicaba. Respiré hondo, muy consciente de que estaba a punto de exponerme de una forma que no hacía normalmente.

—Diferente en el sentido de que... no siento que esto sea solo una cita. Siento que... podría ser el comienzo de algo más. Algo importante.

Me la estaba jugando al decirle algo así.

Pero era mi corazón el que hablaba y si él no pensaba lo mismo, ese era el momento perfecto para poner punto final a aquella noche y que cada uno siguiese su camino.

Max me miró con esos ojos grises que aún no podía descifrar del todo. Después cogió mi otra mano sobre la mesa y entrelazó sus dedos con los míos. Mi imaginación iba a mil por hora. Incluso tuve un espejismo. Vi un anillo con un pedrusco considerable brillando en allí mismo, aunque jamás había tenido un sueño así.

—Yo también siento lo mismo—dijo.

Y parecía sincero. ¿Qué puedo decir?

El caso es que en ese momento supe que estaba perdida. Perdida en esos ojos, en esa sonrisa, en la manera en que me hacía sentir y en que, por primera vez en mucho tiempo, mi vida estaba a punto de dar un giro inesperado. Sabía que era peligroso, que estaba abriendo mi corazón a alguien que aún no conocía del todo, pero… lo reconozco: no me importaba.

Lo único que importaba era que estábamos allí, él conmigo. Yo con él. Y que aquella noche no se iba a terminar nunca.

CAPÍTULO 6

MAX

Prácticamente corrimos hacia mi coche. Abrí la puerta del copiloto y Fiona se deslizó hacia el interior del asiento. Di la vuelta a toda prisa para sentarme detrás del volante. Capté enseguida su respiración acelerada. Supe exactamente dónde acabaríamos esa noche en el momento en que pedí la cuenta y los dos optamos por un silencio intenso, después de todas las cosas que nos habíamos dicho.

Resistí las ganas locas de volcarme sobre ella y besarla hasta que perdiese todavía más el aliento.

Pronto.

Sus ojos brillaban de una manera que me aseguraba que no podía estar equivocándome. Estaba deseoso de llegar a mi apartamento y quitarle toda esa ropa.

No hay nada como hacerle el amor a una mujer que se está enamorando de ti, y que además es plenamente consciente de ello.

Y no se resiste a lo que siente.

La imaginé sentada sobre mí, moviéndose totalmente desaforada. Me incomodaba ver cómo mi cuerpo respondía ya a mi imaginación, y una erección se adivinaba debajo del volante. Recé para que Fiona no se diese cuenta.

Tenía que llegar pronto a casa, antes de que las cosas, dentro del coche, se nos fuesen de las manos.

Y eso que ni siquiera nos estábamos tocando.

Eso, obviamente, no podía extenderse mucho tiempo.

Acerqué mi mano a su muslo y estudié su reacción.

Sonrió e inclinó la cabeza hacia atrás, pero no me miró.

Era solo un trayecto de diez minutos y ya sentía el calor que Fiona emanaba. Solo quería parar el maldito coche y enterrar mi cara entre sus piernas, probar aquella delicia y hacer que gritase de placer.

Fiona temblaba un poco.

—¿Vamos demasiado deprisa? —le pregunté.

—Hay que aprovechar que no hay demasiado tráfico esta noche —contestó con una sonrisa.

—Me refiero a…

—No. No vamos demasiado deprisa.

Bien. Eso era todo lo que necesitaba saber. Y por si no estaba del todo claro, Fiona lo expresó aún mejor:

—Claro que no. Quiero pasar la noche contigo, Max.

No podía contenerme. Deslicé la mano un poco más, en las profundidades de su falda, y encontré su piel otra vez con mi dedo meñique. La acaricié con él, lo apreté en la zona donde

calculaba que se escondía su clítoris. Podía sentirlo. Sentía perfectamente lo húmeda que estaba y como su cadera se movía muy despacio, muy poco, pero lo suficiente como para provocar que perdiese la concentración.

Me obligué a fijar la atención en los semáforos que se alineaban delante nuestro. Fiona protestó un poco en cuanto mis dos manos volvieron al volante. Se deslizó hacia abajo en el asiento, ofreciéndome un mejor acceso.

Si próximamente me llegaba una multa por velocidad, solo puede ser de esa noche, pero menos mal que antes de lo previsto estábamos en el parking de mi edificio.

—¿Vives aquí? —preguntó, echando un vistazo a su alrededor.

Accedimos al imponente vestíbulo que nos llevaría a la planta veintitrés.

—Sí.

—¿Tú solo?

—Por ahora sí.

Si todo salía como esperaba pronto compartiría mi ático con alguien especial. Alguien que guardaba el secreto del mejor café de la ciudad.

—Parece el edificio Dakota.

—Pero sin leyendas negras.

—Es un sitio espectacular.

Resistí las ganas de decirle que lo único espectacular allí era ella. No quería adularla tanto, o decirle lo preciosa que era tantas veces que llegase a perder el significado, pero a cada minuto que pasaba estaba más entusiasmado y desbordado por la sensación de haber encontrado a la mujer perfecta.

En esta ciudad gigante.

En el ascensor, igualmente eterno, coloqué mis brazos alrededor de su cintura y su cuerpo reaccionó al instante. Ella también me envolvió a mí. Atrapé su boca con la mía. Sus manos alrededor de mi cuello, una de sus piernas enroscada con la mía, y mi conciencia, al cien por cien, hipnotizada con Fiona.

—Max, no puedo esperar —gimió—. Por favor. Te necesito ya.

—Estaremos en mi cama en dos minutos —le dije.

—Aquí. Ahora. En el ascensor. Solo un poco…

¿Cómo se supone que iba a resistirme a eso? Bien pensado, no era demasiado complicado. El ascensor no se detendría, nos llevaría directamente a la planta superior. Iba a sucumbir a su deseo cuando el ascensor, en efecto, se detuvo. Sonó un *ding* y la puerta se abrió. La señora Marshall apareció en todo su esplendor, delante nuestro, preguntando si subíamos o bajábamos.

La energía que desprendíamos debía de ser contundente e inequívoca, porque la vecina optó por no entrar.

—Esperaré —dijo.

Fiona se tapó la boca para ocultar su risa y en ese momento pensé que debería pedirle que no hiciera eso, porque su risa era un regalo y no tenía sentido taparla.

Llegamos a mi apartamento, y no sé ni cómo fui capaz de dar con la llave exacta al momento, mientras ella me abrazaba por la espalda. Por fin había llegado el momento en que no podíamos apartar las manos del cuerpo del otro.

Aunque ella miró a su alrededor en cuanto vio la delicada decoración que alguien había escogido por mí, la llevé directamente a la cama.

La besé y dejé que el peso de mi cuerpo recayese en todos sus huecos correctos, en el

deslizamiento de sus curvas. Mi miembro ya crecía entre sus piernas y ella las abría para decirme con sus gestos que estaba más que preparada para mí. Fiona se revolvió, buscando el máximo contacto entre nosotros.

No podía soportar todas esas capas de ropa, esos estratos de tela que se interponían entre nosotros. Le desabotoné la falda y le pedí que levantase un poco la cadera para quitársela. Ella captó mi intención enseguida y se deshizo de su blusa.

—El sujetador también —le indiqué mientras le bajaba las bragas.

Me detuve un momento para admirar aquella belleza. Recorrí sus pechos grandes con mis manos, enredando los dedos con sus pezones y de ahí a sus caderas y sus nalgas.

—¿Todo bien? —me preguntó.

—Eres lo que siempre he deseado —le dije.

Busqué sus caderas y la atraje hacia mí, sobre las sábanas, casi en el borde de la cama. Su sexo era tan perfecto como el resto de ella. Quería hacerla esperar un poco más, prolongar aquellos instantes, pero no tenía la suficiente fuerza de voluntad. Necesitaba probarla ya, reconocer su sabor íntimo.

Hundí la lengua entre sus pliegues, buscando ese pequeño botón duro, sospechando que así se volvería loca. Noté cómo mi barba se humedecía con su excitación. Joder, era la cosa más sensual del mundo.

—Oh, dios mío. Más —gimió Fiona.

Me centré en su clítoris mientras deslizaba un dedo en su interior. Lo retorcí un poco hasta ubicar su punto G. Una pequeña sacudida recorrió su cuerpo cuando lo estimulé. Fiona arqueó la espalda y gritó. Fue un orgasmo rápido y brutal. Increíble.

Me incorporé un poco, mientras todo su cuerpo latía, y terminé de desnudarme.

—Max. Te necesito dentro de mí. Por favor.

Se necesitaría un hombre mucho más fuerte que yo para resistirse a eso.

Sujeté sus tobillos y los coloqué sobre mis hombros, justo antes de entrar en ella, bien profundo. Fue como llegar a casa después de un largo viaje.

—Hazlo fuerte —murmuró—. Un poco duro. Quiero sentirlo mañana.

Esa no era mi primera inclinación. Mi intención era ser extra cuidadoso con ella. La penetré un poco más profundamente y estudié su reacción. A lo mejor para mí “duro” no significaba lo mismo que para Fiona. Tal vez no podía manejar mi “dureza” y lo último que desearía sería lastimarla.

—Lo aguantaré —dijo, como si me leyese la mente.

Todo cuanto necesitaba oír.

Me empleé a fondo, mientras veía como Fiona se agitaba debajo de mi cuerpo, gritando cada vez que me hundía en ella.

—Es…perfecto. Se siente tan bien, Max. Es perfecto cuando estás dentro de mí —jadeó.

La sujeté por las caderas para mantenerla quieta y empecé a follarla como si no hubiese un mañana. Creo que los dos entramos en trance. ¿Iba a ser siempre así de increíble con ella? No había nada en mi mente, en esos momentos, que pudiese funcionar de forma racional. Era puro instinto y placer y esa colección de sonidos perfectos que salían de su garganta.

—Estoy…a punto —dijo.

Y entonces aceleré.

Noté perfectamente el momento exacto en que volvió a correrse y, solo entonces, mi vista se nubló y exploté dentro de Fiona.

CAPÍTULO 7

MAX

La luz del lunes por la mañana se filtraba a través de los grandes ventanales de mi oficina, sumiendo el despacho en un resplandor dorado que me parecía más cálido de lo habitual. Tal vez era porque ese fin de semana lo había pasado con Fiona, y aún me costaba creer lo rápido que todo había cambiado en tan poco tiempo.

Mientras me acomodaba en mi silla de cuero, una sonrisa involuntaria cruzó mi rostro al recordar cómo habíamos pasado la mayor parte del domingo. Entre risas, largas conversaciones y momentos en los que el mundo parecía haber desaparecido a nuestro alrededor, supe que ya no era capaz de negar lo que sentía por ella.

Fiona había entrado en mi vida como un soplo de aire fresco y, sin darme cuenta, había comenzado a ocupar un lugar que nadie más había podido llenar.

Sin embargo, mientras miraba los informes sobre mi escritorio, me recordé a mí mismo que había trabajo por hacer. No podía permitir que mi vida personal interfiriera con mis responsabilidades. Aunque, en este caso, las dos cosas parecían haberse entrelazado de una manera que no había previsto.

La puerta de mi oficina se abrió y Alice entró con una carpeta en la mano. Llevaba la misma expresión de siempre, profesional pero ligeramente preocupada. Me constaba que Alice tenía la tensión un poco alta, y yo mismo tenía que recordarle a menudo que se tomase las cosas con un poco más de calma. Supongo que tres días de incertidumbre en torno a la compra del local habían hecho mella en su paciencia.

—Buenos días, Max. Dichosos los ojos —dijo Alice, sentándose delante de mí —. ¿Cómo fue tu fin de semana?

—Un poquito pasivo-agresiva. Pero me gusta —bromeé—. El finde bien. Increíble, de hecho.

Alice se mordió el labio, intrigada, pero no lo suficientemente interesada como para indagar más. En cambio, abrió la carpeta que tenía en sus manos y sacó un par de documentos.

—Me alegra oír eso. Pero volviendo al trabajo, tenemos que tomar una decisión ya sobre la compra del local de Baxter. El de la cafetería. Hablé con él el viernes y parece que está ansioso por cerrar el trato. Intuyo que somos su mejor opción. Pero su paciencia está empezando a agotarse.

—Lo imagino —dije, cogiendo un bolígrafo y haciéndolo girar entre mis dedos —. Quiero que procedas con la compra.

Me miró, resoplando aliviada.

—Perfecto, eso es lo que quería escuchar. Ya es hora de que pongamos todo en marcha. Haré que los abogados preparen los documentos y hablaré con Baxter para acordar una fecha de cierre. ¿Quieres que convoque una reunión con el equipo de diseño para empezar a trabajar en la nueva

oficina?

Sacudí la cabeza, intentando mantener una expresión neutral mientras planificaba en silencio.

—No será necesario. De hecho, no vamos a convertir el local en una oficina.

Alice parpadeó, como si no hubiese oído bien.

—¿Cómo? Pero ese era el plan inicial, ¿no? Convertir la cafetería en la nueva sede de nuestra agencia inmobiliaria en el centro. Es un sitio privilegiado del Upper West.

Torcí el gesto.

—Ya. Pero de momento, vamos a centrarnos solo en la compra. No avances con lo del diseño —dije manteniendo mi tono casual—. Confía en mí, será algo bueno.

Asintió despacio mientras tomaba notas, aunque la duda se reflejaba en sus ojos. Sabía que era muy buena leyendo entre líneas, pero esta vez no le daba toda la información. No todavía.

—De acuerdo —dijo finalmente —. Entonces, ¿qué se supone que le digo a Baxter? ¿Solo que procedemos con la compra sin mencionar lo que haremos después?

—Exacto —asentí, viendo cómo se relajaba un poco. —. Quiero que todo sea rápido y sin complicaciones. Lo antes posible.

—Ahora tiene prisa…—murmuró Alice, como si yo no estuviese delante.

—Entendido —Alice anotó en su cuaderno antes de levantar la mirada de nuevo —. Max, si puedo preguntar... ¿Todo esto tiene algo que ver con el tiempo que has pasado allí estos días?

Su pregunta me pilló por sorpresa, aunque probablemente debería haberlo esperado. Alice siempre había tenido un don para conectar los puntos, incluso cuando yo creía que los mantenía bien separados.

—Digamos que tengo algunas ideas en mente —respondí con una sonrisa. No podía engañarla del todo, pero tampoco estaba listo para contarle mis intimidades —. Lo sabrás cuando sea el momento.

Me miró, evaluando mis palabras y luego asintió con resignación.

—Está bien. Solo espero que sepas lo que estás haciendo.

—Yo también, Alice. Yo también. Ah, por cierto. Una última cosa. Pídele a Baxter, como condición para cerrar el acuerdo, que sea discreto. Que no cuente quién ha comprado, al menos hasta que tengamos todo atado. Especialmente a sus empleados.

—Entendido.

—Es importante, Alice.

Suspiró. Ese simple gesto solía funcionarle muy bien como respuesta a mis exigencias.

Mientras Alice recogía sus cosas para salir de mi despacho, me levanté y me acerqué al ventanal. Desde ahí, Manhattan parecía una jungla inabarcable de oportunidades, desafíos y, a veces, sorpresas.

Y una de esas sorpresas había sido Fiona, una mujer que había transformado mi visión del mundo y de lo que realmente importaba. Ahora tenía la oportunidad de devolverle algo de lo que ella me había dado, aunque aún no sabía cómo lo recibiría. La idea de convertir la cafetería en un negocio suyo, un lugar que podría llamar propio, era algo que me emocionaba más de lo que quería admitir.

Pero por ahora, todo tenía que mantenerse en secreto. Aún no estaba listo para compartir ese plan con nadie, ni siquiera con la propia Fiona. Había muchas piezas que encajar y, por primera vez en mucho tiempo, estaba dispuesto a tomármelo con calma, a saborear cada momento y a asegurarme de que todo saliera bien.

Miré mi escritorio, donde una foto de mis padres, felices de excursión en el Grand Canyon,

tomada hace años, me devolvía la mirada. Habían sido ellos quienes me enseñaron la importancia de construir algo con propósito, de no dejarse llevar solo por la ambición.

Este era mi momento de poner en práctica esa valiosa lección.

—Vamos a hacerlo bien —me dije a mí mismo, sabiendo que esta vez no se trataba solo de negocios.

Ahora, lo que estaba en juego era mucho más personal, mucho más importante.

Y estaba decidido a que, cuando todo se revelara, fuera perfecto para Fiona.

CAPÍTULO 8

FIONA

—¿Tienes alguna idea de qué se trata? —preguntó Jess, algo nerviosa, mientras organizaba por enésima vez los croissants de queso en la vitrina.

El miércoles había amanecido con un cielo encapotado, y el ambiente dentro de la cafetería parecía más denso de lo habitual. El murmullo habitual de los clientes llenaba el local, pero había una tensión rara en el ambiente que no podíamos ignorar.

Baxter, el jefe, iba a visitarnos esa mañana. Había pedido reunirse con nosotras. No había dado muchos detalles, pero la sensación de que algo importante estaba a punto de pasar se cernía sobre nosotras como la nube de tormenta que amenazaba Manhattan.

—No tengo ni idea —respondí, intentando sonar tranquila, aunque mi estómago estaba hecho un nudo—. Pero si te soy sincera no me gusta nada la pinta que tiene esto.

Aquello a lo mejor no ayudaba a apaciguar los ánimos. En teoría yo era la que siempre mantenía la calma.

Jess asintió, y durante un rato, continuamos trabajamos en silencio, esperando la llegada de Baxter. Cuando finalmente lo vimos entrar, noté que llevaba una carpeta bajo el brazo y una expresión sombría en el rostro. Algo en su semblante me hizo sentir, ya en firme, que lo que venía a decir no iba a ser bueno.

Baxter colocó sobre el mostrador el cartelito de “Volvemos enseguida”, aunque en ese momento había tres clientes en el local que ya estaban atendidos. Nos condujo a una de las mesas al fondo de la cafetería, alejada del bullicio. La silla crujió ligeramente cuando se sentó, y antes de decir una palabra, dejó su carpeta y su teléfono móvil en la mesa. El corazón me latía con fuerza mientras lo observaba. No podía recordar la última vez que lo había visto tan serio.

—Chicas, sé que estáis ocupadas, así que seré directo —empezó Baxter, con voz firme pero teñida de un matiz de tristeza —. Llevo mucho tiempo dándole vueltas a esto, y finalmente he tomado una decisión. Como ya sabéis, ya tengo una edad y mi mujer y yo queremos irnos a vivir a Vermont. Voy a vender el local.

Sus palabras cayeron sobre nosotras como un jarro de agua fría. Sentí que el suelo se movía bajo mis pies, y por un momento, el ruido de la cafetería pareció desvanecerse. Miré a Jess, que tenía la misma expresión de incredulidad en el rostro.

—¿Vender el local? —repetí, como si al decirlo en voz alta pudiera entenderlo mejor —. Pero, ¿por qué?

Baxter suspiró, apoyando las manos en la mesa. Repitió lo mismo alterando un poco sus palabras:

—Chicas, como os decía, ya no soy un hombre joven. He trabajado duro toda mi vida, y creo que ha llegado el momento de jubilarme. Mis hijos no están interesados en continuar con el negocio, y mantener este lugar abierto se ha vuelto más difícil con el tiempo. Ya sabéis que la

competencia en esta zona es feroz. Así que, después de pensarlo mucho, decidí que lo mejor para todos es vender.

Jess fue la primera en hablar, con la voz quebrada por la sorpresa.

—Pero... ¿esto significa que la cafetería va a cerrar?

—Es muy probable —asintió Baxter, sin intentar endulzar la verdad —. No estoy seguro de qué hará el nuevo propietario, pero, conociéndolo, dudo que quiera mantenerla como cafetería. Sé que esto es un golpe duro, y creedme, no fue una decisión fácil. Habéis sido como una familia para mí, confío en vosotras al cien por cien, de hecho sois vosotras quienes habéis levantado este negocio. Sois la cara y el alma de Baxter & Beans y lo último que quiero es causaros problemas.

Me quedé en silencio, procesando la noticia. Había trabajado en esta cafetería durante años, y aunque alguna vez había fantaseado con ese cambio que no terminaba de llegar, nunca había imaginado que podría perder este sitio que se había convertido en mi refugio.

—¿Cuándo será todo esto? —pregunté finalmente. Mi voz sonaba más calmada de lo que me sentía.

—En tres semanas, tal vez un poco más, pero no mucho —respondió Baxter, con una mirada llena de pesar —.

Quiero que sepáis que haré todo lo posible por ayudaros a encontrar otro trabajo si así lo queréis. Aunque no creo que tengáis ningún problema. Sois las mejores baristas del Upper. Contaréis con mi apoyo en lo que sea necesario, pero… no puedo evitar que esto termine.

El local pareció volverse más pequeño mientras las palabras de Baxter resonaban en mi cabeza. Tres semanas.

Solo tres semanas y todo por lo que habíamos trabajado, todo lo que conocía, se desvanecería. Miré a Jess, quien estaba visiblemente alterada. Sus ojos comenzaban a brillar con lágrimas que trataba de contener.

—¿Hay algo que podamos hacer para evitarlo? —preguntó ella, con una desesperación que no pudo disimular.

Baxter negó con la cabeza. Su expresión era de pura impotencia.

—Lo siento, pero no, Jessica. La decisión está tomada y el trato está casi cerrado. No quiero que os sintáis traicionadas, pero no voy a seguir adelante con este local.

Baxter parecía cerrado en banda, y aunque estaba siendo correcto, sabíamos muy bien que todo lo que decía era lo que se suponía que debía decir en un momento así.

Nos quedamos en silencio después de eso, sin saber qué más decir. Jess y yo intercambiamos miradas, ambas sabiendo que cualquier cosa que dijéramos en ese momento no cambiaría nada. La cafetería, nuestro segundo hogar, iba a cerrar. Y ya no era solo el negocio en el que trabajábamos. Es que a Jess y a mí nos encantaba trabajar juntas.

—En fin. Gracias por ser honestos con nosotras, Baxter —logré decir, aunque sentí que me faltaba el aire.

Él asintió y nos dedicó una sonrisa triste antes de levantarse.

—Como os he dicho, habéis sido parte importante de este lugar, y lo siento mucho. Pero estoy seguro de que lo que venga será incluso mejor. Sois dos mujeres jóvenes y talentosas. Podéis hacer lo que os propongáis.

Nos dejó con esas palabras y se levantó. En ese momento su teléfono sonó y nos indicó con un gesto que tenía que atender esa llamada. Después se marchó. El silencio que quedó en su ausencia era atronador. Jess y yo nos quedamos sentadas sin movernos, ambas sumidas en nuestros pensamientos, tratando de asimilar lo que acababa de suceder.

—Así que los rumores eran ciertos. No puedo creerlo —dijo Jess finalmente, con voz

temblorosa —. Todo esto... se acaba.

Asentí, sin palabras. El shock todavía me tenía paralizada.

—Han entrado dos clientas —dije—. Mejor vamos a atenderlas.

Nos levantamos y fuimos al mostrador. Continuamos trabajando en silencio, intentando asimilar las noticias. En ese momento no podíamos saber si eran buenas o malas, pero se sentían como una auténtica debacle.

Una chica que venía a menudo a trabajar en su ordenador portátil se acercó al mostrador y me despertó de mi ensoñación.

—Alguien se ha dejado esto —me dijo.

La reconocí enseguida. Era la carpeta que Baxter llevaba bajo el brazo cuando vino a vernos. Se la había dejado allí, olvidada. Le di las gracias e hice un amago para guardarla en uno de los armarios de debajo del mostrador, pero algo en mí se despertó. Supongo que la curiosidad, el deseo de saber más, de entender mejor lo que estaba pasando, fue más fuerte que mi ética.

—Baxter se dejó esto —le dije a Jess, señalando la carpeta.

Ella la miró. Y después a mí.

—¿Vas a abrirla?

—No debería —admití, pero ya la tenía en las manos. Algo en mi interior me decía que necesitaba saber. Deslicé el seguro y abrí la carpeta con cuidado.

Lo primero que vi fue un contrato de venta, con todos los detalles del local. Y allí, en letras muy claras, negro sobre blanco, estaba el nombre del comprador: Max Hale.

Mis manos comenzaron a temblar, y el aire pareció escaparse de mis pulmones. Cerré la carpeta de golpe y la dejé sobre el mostrador, como si me quemara en las manos.

—¿Qué pasa? —preguntó Jess, alarmada por mi reacción.

—El comprador... —balbuceé, incapaz de encontrar las palabras adecuadas —. Es Max Hale.

Su nombre resonaba en mi cabeza mientras intentaba entender todo lo que eso significaba. Max, el hombre con el que había pasado los últimos días, el hombre que había empezado a significar tanto para mí, estaba detrás de la compra que pondría fin a todo lo que conocía.

CAPÍTULO 9

FIONA

Estaba sentada en el borde de mi cama, mirando fijamente la pantalla del teléfono mientras la notificación de una llamada perdida de Max se desvanecía poco a poco.

Era la cuarta vez que llamaba en menos de una hora. Cada vez que el teléfono vibraba, el nudo en mi estómago se hacía más grande, apretando, con una mezcla de dolor y furia que me había sido imposible calmar desde que descubrí la verdad.

Sabía que no podía seguir ignorándolo para siempre. No es mi estilo. Soy más de afrontar las despedidas cara a cara. Pero cada vez que veía su nombre en la pantalla, una oleada de emociones me invadía, y no estaba preparada para enfrentarme a él. En mi cabeza solo resonaban traición, humillación, y lo peor de todo: la sensación de que había sido una completa idiota.

Con un suspiro, dejé el teléfono a un lado, incapaz de soportar la idea de oír su voz. Las lágrimas ardían en mis ojos, pero no iba a permitir que cayeran más. Ya había llorado suficiente. Lo único que quería ahora era dejar de sentir esta mezcla de desesperanza y enojo. Centrarme en algo productivo.

Miré a mi alrededor, el minúsculo estudio que había llamado hogar durante los últimos años. Las paredes estaban decoradas con fotos de momentos felices, recuerdos de un tiempo en que todo parecía mucho más sencillo.

Me levanté y caminé hasta el espejo que colgaba junto a la puerta. Mi reflejo me devolvió una imagen que apenas reconocía. Los ojos rojos, la expresión cansada, el cabello desordenado... Esta no era la Fiona que solía ser.

—¿Cómo hemos llegado a esto, Fiona? —me pregunté en voz baja, sin esperar una respuesta —. ¿Por qué has dejado que un hombre lo ponga todo patas arriba?

La respuesta era dolorosamente obvia. Había bajado la guardia, había permitido que alguien que no conocía se acercara demasiado, y ahora estaba pagando el precio por confiar en la persona equivocada.

Max Hale no solo había comprado el local donde trabajaba, estaba claro que también había intentado comprarme a mí. Tal vez desde el principio había visto la cafetería y a mí como un paquete, un negocio que podía adquirir sin problemas.

Me dirigí al ridículo escritorio que tenía en la esquina de la habitación, donde mi ordenador estaba permanentemente abierto, mostrando un documento que había estado editando durante las últimas horas: mi currículum.

Había decidido que lo mejor que podía hacer era seguir adelante, aunque no tenía muy claro cómo. Sabía que no podía quedarme tirada en la cama y ver cómo Max destruía lo que quedaba de mi vida en apenas unas semanas. Si él pensaba que podía manejarme como a un negocio más, estaba muy equivocado.

Llevaba años trabajando en esa cafetería, y aunque en un principio pensé que sería temporal,

se había convertido en algo que me daba estabilidad y paz. Creo que se lo había explicado bien. ¿Tan difícil era de entender?

¿Había sido demasiado cómoda? Sí. ¿Había pospuesto mis propios sueños? También. Pero todo eso no justificaba lo que Max había hecho. No justificaba la mentira. Que no hubiese ido de frente.

La idea de irme a casa de mis padres en Raleigh había estado rondando mi mente desde que descubrí la verdad. Tal vez un cambio de aires era lo que necesitaba. Volver a mis raíces, tomarme un tiempo para pensar. Mis padres siempre habían sido mi pilar, y aunque me había esforzado por construir mi propia vida lejos de ellos, en la gran ciudad, ahora no estaba segura de poder hacerlo sola.

Encendí la pantalla y continué ajustando detalles en el currículum. Había una lista de trabajos potenciales en Google, pero ninguno de ellos parecía más atractivo que el otro. Todo me parecía vacío, sin sentido. ¿Qué había hecho con mi vida hasta ahora? ¿Y cómo demonios había terminado en una situación en la que consideraba huir a casa de mis padres como una solución?

No podía soportar la idea de encontrarme de nuevo frente a Max, de escuchar sus justificaciones o, peor aún, de caer en la tentación de perdonarlo. No después de lo que había descubierto. Sabía que mi corazón aún latía fuerte por él, pero eso solo hacía que todo esto doliera más. ¿Cómo podía haberse acercado tanto a mí solo para quitarme todo lo que conocía?

El sonido de una nueva llamada me sacó de mis pensamientos. El teléfono vibraba en la mesita de noche, pero esta vez ni siquiera me molesté en mirar la pantalla. ¿Para qué? Ya sabía quién era. Y sabía lo que quería. Pero yo no estaba lista para dárselo.

En su lugar, cerré el ordenador con un golpe seco y me desplomé en la cama, mirando al techo. Mis pensamientos daban vueltas, sin ofrecerme ninguna salida, solo más preguntas sin respuesta. Entré en una especie de *loop*. ¿Cómo había sido tan ciega? Había dejado que Max entrara en mi vida, en mi corazón, sin siquiera cuestionar sus intenciones. Y ahora estaba pagando el precio de mi ingenuidad.

Me levanté de la cama de un salto y me dirigí al baño. Salpiqué mi rostro con agua fría para intentar calmar el ardor en mis mejillas.

Estaba decidido.

No iba a llorar más.

Las lágrimas no iban a solucionar nada. Si quería recuperar el control de mi vida, tenía que empezar a tomar decisiones, y rápido.

Volví al escritorio, decidida a enviar mi currículum a cualquier oferta que pareciera remotamente adecuada. No podía seguir viviendo de lo que alguna vez fue. Necesitaba encontrar algo nuevo, algo que me recordara que aún tenía el control sobre mi vida, aunque solo fuera una pizca.

El plan de ir a Raleigh comenzó a tomar forma en mi mente. Tal vez unos meses lejos de todo esto me darían la claridad que necesitaba. Y podía seguir buscando trabajo desde allí, estudiar algo interesante o quien sabe, incluso cambiar de destino. Podría quedarme con mis padres, ahorrar un poco de dinero, y pensar en lo que realmente quería hacer. Pero sobre todo, necesitaba alejarme de Max Hale. Necesitaba espacio para sanar, para recuperar lo que quedaba de mi orgullo.

Mientras escribía un par de e-mails, enviando solicitudes a trabajos que no me interesaban del todo, una pequeña parte de mí se preguntaba si estaba haciendo lo correcto. Si tal vez había malinterpretado a Max, si había más en la historia de lo que parecía. Pero ese pensamiento fue

rápidamente enterrado por la realidad que había descubierto en esa carpeta. No podía permitir que la duda nublara mi juicio.

El teléfono vibró de nuevo, y esta vez lo apagué, dejándolo caer en el fondo del cajón. No podía lidiar con él, ni con las palabras que sabía que Max tenía para mí. Todo lo que podía hacer era seguir adelante, un paso pequeño. Y después, otro.

No estaba segura de qué iba a hacer al día siguiente, ni dónde estaría en un mes, pero una cosa era clara: no iba a permitir que nadie más jugara con mi vida de esta manera. Había llegado el momento de retomar el control, y si eso significaba dejar todo atrás, entonces estaba dispuesta a hacerlo.

CAPÍTULO 10

MAX

—La he cagado, Alice.

Me dejé caer en la silla de mi despacho, pasando una mano por mi cabello desordenado mientras miraba a mi asistente, que estaba sentada frente a mí con cara de póker.

Alice siempre había sido más que una simple secretaria; era mi confidente, la persona que mantenía mi vida organizada y, en más de una ocasión, había evitado que cometiera estupideces. Pero esta vez, ni siquiera ella había podido salvarme de mí mismo.

—Bueno, no será para tanto. Pero cuéntame. ¿Qué ha pasado? —preguntó con su tono habitual; profesional, pero con un matiz curioso que no pasaba desapercibido.

Sabía que Alice disfrutaba con ciertos cotilleos de tipo romántico, incluso cuando se trataba de mi vida, que ella consideraba desesperadamente carente de emociones.

Respiré hondo.

—El motivo por el que dudaba tanto con el local de Baxter y por el que lo visité más veces de la cuenta es…una chica. Fiona. Trabaja allí.

—¡Oh!

Lo dije todo de carrerilla.

—Me gusta. Mucho. Me encanta, de hecho —aclaré.

No me atrevía a pronunciar la palabra *amor*. Pero en el fondo sabía que eso era en esencia lo que resumía todo.

—Pero ahora Fiona no me coge el teléfono. Estuve toda la tarde llamándola —dije, sin rodeos —. Y estoy seguro de que es porque se ha enterado de que soy yo el comprador del local.

—¿Cómo crees que se ha enterado? ¿Hablaste tú con Baxter?

—Sí, pero no fue él quien se lo dijo. O al menos no directamente —suspiré, sintiendo una presión en el pecho que me recordaba lo mucho que había arruinado las cosas—. Al parecer se dejó una carpeta con los documentos de la venta en la cafetería, y Fiona la encontró.

—Entiendo —Alice cruzó las piernas y me miró, resignada—. ¿Por eso has estado tan raro últimamente? Porque estabas planeando todo esto para ella.

Asentí, acusando mi propia frustración.

Todo había empezado como una simple transacción más, algo rutinario para mí. Pero desde el momento en que Fiona y yo comenzamos a conocernos mejor, mi plan había cambiado drásticamente.

Ya no quería convertir ese local en una oficina más, ni en una cadena de cafeterías estándar. Quería que fuera de ella, un lugar donde pudiera hacer lo que tan bien se le daba.

—Mi idea era convertir el *Baxter & Beans* en una nueva cafetería, y ella estaría al frente — confesé, mirando a Alice con cierta desesperación—. Incluso había pensado en el nombre. Iba a

llamarse *Fiona's Coffee*.

Alice se aguantó la risa.

—Oh, dios mío, Max. No te creo.

Sabía que estaba disfrutando la idea de verme a mí, el típico magnate de Manhattan, atrapado en una situación como esta. Y de repente, no pudo más, soltó la carcajada.

—Sabía que no tenía que contarte nada —le dije.

Hizo un soberano esfuerzo por controlarse.

—Max, es que no sé qué decirte. Supongo que esta chica no sabe nada de tu plan, ¿no? Es un gesto increíblemente romántico, pero también puedo entender por qué estaría molesta. Desde su punto de vista, podría parecerle que te acercaste a ella solo para comprar el local. No le debe haber sentado nada bien.

—Lo sé —bajé la cabeza, sintiendo la culpa golpeándome con fuerza—. Pero no es así, Alice. Esto es real para mí. Supongo que me he enamorado de ella y no lo vi venir. Quería hacer algo especial, algo que le demostrara lo que siento. Pero, maldita sea, creo he manejado todo esto de la peor manera posible.

Alice suspiró.

—Bueno, entonces vamos a arreglarlo.

—Pero, ¿cómo?

La miré, buscando algún rastro de esperanza en su mirada.

—Lo primero que debes hacer es darle espacio. Si Fiona está enfadada, bombardearla con llamadas no va a ayudar.

Alice se inclinó un poco más hacia delante.

—Necesitas hacer algo que demuestre que te importa de verdad, algo que no se pueda malinterpretar —continuó.

—¿Y qué sugieres? —pregunté, ya sabiendo que Alice tenía un plan en mente. Era su estilo.

—Déjamelo a mí —dijo con una sonrisa confiada—. Despeja tu agenda mañana por la mañana. Necesito que estés disponible para algo especial.

—¿Algo especial? —repetí.

Cuando Alice tenía una idea, normalmente implicaba algo grande. Y esta situación ya era lo suficientemente complicada.

—Exacto.

Se levantó de nuestra breve reunión, ajustando su blusa de seda antes de aferrarse a su libreta con todas las citas y tareas pendientes.

—Me pongo en tus manos, entonces.

—Sé que tienes una reunión con el consejo mañana temprano, pero ya me encargaré de moverla. Necesitas tiempo para esto. Y créeme, Max, si hay alguien que puede hacer que Fiona te escuche, soy yo.

No pude evitar una sonrisa, aunque no estaba del todo relajado. Había aprendido a confiar en Alice más que en nadie, y aunque esta situación estaba muy lejos de ser la típica negociación empresarial, si alguien podía salvarme, era ella.

—¿Pero no vas a decirme qué planeas hacer? —pregunté, medio en broma, medio en serio.

—No —respondió con un guiño—. Será una sorpresa. Pero una buena, te lo prometo. Ahora, vete a casa y descansa. Mañana será un día largo.

Me quedé en silencio mientras Alice salía de la oficina, con mi mente todavía atrapada en la confusión de lo que había sucedido. No estaba acostumbrado a sentirme así, a estar tan fuera de control de mi propia vida. Siempre había sido el que tomaba las decisiones, el que tenía el poder.

Pero con Fiona, todo eso había cambiado.

Ella me había hecho sentir vulnerable, expuesto de una manera que nunca antes había experimentado, y mientras eso me aterrorizaba, también me daba una extraña sensación de esperanza. Una parte de mí sabía que, si lograba arreglar esto, podría ser algo real, algo que valiera la pena.

Me levanté y caminé hacia la ventana de mi oficina, donde contemplé la vista panorámica de Manhattan, mi vista favorita. Desde ahí, todo parecía tan pequeño, tan manejable. Pero la verdad era que, en ese momento, me sentía *yo* más pequeño que nunca, impotente ante algo que no podía comprar ni controlar.

Mañana, pensé.

Al día siguiente lo arreglaría, de una manera u otra. No podía dejar que Fiona se fuera de mi vida sin luchar por ella. Si eso significaba dejar de ser el Max Hale que todos conocían, entonces estaba dispuesto a hacerlo.

Mientras me preparaba para salir de la oficina, tomé una última decisión. Ya no se trataba solo de salvar el negocio o de cumplir con un plan. Ahora, se trataba de Fiona. Y si Alice tenía un plan que pudiera ayudarme a conseguirlo, estaba dispuesto a confiar en ella.

Era hora de dejar que el destino tomara las riendas, y por primera vez en mucho tiempo, estaba dispuesto a seguirlo, a donde sea que me llevara.

CAPÍTULO 11

FIONA

El reloj en la pared marcaba las ocho en punto cuando llegué a *Baxter & Beans* esa mañana. El sol apenas asomaba entre los edificios, y una fina capa de nieve comenzaba a cubrir las aceras. Había nevado durante la noche.

Me encogí de hombros bajo el abrigo, agradeciendo el calor acogedor que me envolvió al entrar. Encendí a toda prisa la máquina de café, y el familiar aroma del grano molido llenó el aire. Era un día como cualquier otro, excepto que Jess no estaba.

Había recibido un mensaje suyo esa misma mañana, temprano, diciendo que llegaría un poco tarde. Algo sobre un recado urgente que debía hacer, pero no me había dado detalles.

Era extraño que no estuviera aquí, especialmente después de todo lo que había pasado en los últimos días. Con la venta del local y todo el drama con Max, nuestra rutina había cambiado, y no saber exactamente qué estaba pasando me ponía nerviosa. Tal vez Jess tenía una entrevista de trabajo. Ni idea. No podía echarle nada en cara, por supuesto.

Coloqué una bandeja de *muffins* en la vitrina y revisé la caja registradora, tratando de mantener mi mente ocupada.

No había dormido bien. Aún no había procesado todo lo que había descubierto sobre Max. La noche había sido larga y llena de lágrimas y pensamientos contradictorios. La traición que sentía aún era fuerte, pero también había algo más, algo que no quería admitir. Echaba de menos a Max. Lo odiaba y lo extrañaba al mismo tiempo, y esa combinación me volvía loca.

Miré hacia la puerta cuando un par de transeúntes se detuvieron frente a la cafetería. Uno de ellos se inclinó para mirar dentro, como si considerara entrar, pero luego se alejaron, continuando su camino. Me quedé allí, mirando por la ventana, sintiendo que algo estaba fuera de lugar. Normalmente, a esta hora ya habría al menos un par de clientes sentados en las mesas, pero esa mañana la cafetería estaba vacía, a pesar de que llevaba abierta quince minutos. ¿Dónde estaba todo el mundo?

Decidí no darle más vueltas al asunto y comencé a ordenar el mostrador debajo de la caja registradora. Estaba agachada, organizando los paquetes de azúcar y las servilletas, cuando escuché el sonido de la campanilla de la puerta. El familiar tintineo que anunciaba la llegada de un cliente me hizo sonreír, aliviada de tener por fin algo que hacer.

—Voy —dije, levantándome y girándome hacia la puerta—. ¡Buenos días! ¿Qué te…?

Me quedé congelada al verlo.

Era Max.

Estaba de pie junto a la entrada, con la nieve aún cayendo sobre su abrigo oscuro. Parecía que había estado esperando fuera, dudando si entrar o no, porque la nieve en su cabello y hombros aún no se había derretido. Sus ojos se encontraron con los míos, y en ellos vi algo que no había visto antes: vulnerabilidad.

—Fiona —dijo con una voz suave, casi tímida. Max Hale, tímido. Nunca había pensado que vería algo así.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza, pero no me moví. No estaba segura de qué hacer, de cómo reaccionar. Una parte de mí quería gritarle, decirle lo mucho que me había dolido enterarme de sus planes. Pero la otra parte, la que aún se aferraba a los buenos momentos que habíamos compartido, quería escuchar lo que tenía que decir.

—¿Qué haces aquí, Max? ¿No tienes ningún negocio que arrasar hoy?

Mi voz salió más fría de lo que había planeado, pero no me importó. Él tenía que saber que estaba dolida.

Max dio un paso hacia adelante, vacilante, como si temiera mi reacción. Sacó las manos de los bolsillos y las levantó en un gesto de rendición.

—Necesito hablar contigo. Explicarte lo que pasó. Por favor, dame un minuto.

—Un minuto —repetí, cruzando los brazos frente a mi pecho—. Tienes un minuto, y luego te largas.

Max asintió, claramente nervioso, lo cual era raro en él. Este hombre, que siempre parecía tan seguro de sí mismo, ahora estaba allí, mirándome como si su vida dependiera de mis respuestas.

—Sé que lo he arruinado —comenzó, sin rodeos—. Y entiendo por qué te sientes traicionada. Cuando nos conocimos, no tenía idea de que me iba a enamorar de ti, Fiona. Todo esto empezó como una transacción comercial, una compra más. Pero tú cambiaste todo eso.

Mis brazos se relajaron un poco, pero no dije nada. Lo dejé continuar, aunque las palabras “me enamoré de ti” resonaban en mi cabeza.

—Quería sorprenderte, hacer algo especial, porque… —Max se pasó una mano por el cabello, frustrado—. Porque te quiero, Fiona. He tenido la idea loca de convertir este lugar en tu cafetería, llamarla *Fiona’s Coffee*. Iba a ser tuyo, todo tuyo. Pero lo manejé todo de la peor manera posible, y por eso estoy aquí. Para pedirte perdón y, si es posible, otra oportunidad.

El silencio se hizo pesado entre nosotros, roto solo por el suave silbido de la máquina de café. Mi corazón latía desbocado, y no estaba segura de si era por las palabras de Max o por la emoción que se acumulaba en mi pecho. Miré sus ojos, buscando una señal de mentira, de manipulación. Pero lo que encontré fue sinceridad, y algo más, algo que no había visto antes: miedo.

Max Hale tenía miedo de perderme.

—Solo quiero saber… ¿por qué no me lo dijiste antes? —pregunté con voz temblorosa. Era lo único que podía decir, lo único que tenía sentido en ese momento.

—Porque soy un idiota —Max sonrió débilmente—. Un idiota arrogante que pensó que podía controlarlo todo, incluso el amor. Pero me equivoqué, Fiona. No quiero perderte, no por una estúpida transacción. Quiero estar contigo, y quiero que tengas este lugar si eso es lo que te hace feliz.

Las lágrimas comenzaron a acumularse en mis ojos, y odiaba que él me viera así, pero no podía evitarlo. Había estado tan enfadada, tan herida, y ahora, con solo unas palabras, Max estaba desmoronando toda esa coraza que había construido alrededor de mi corazón.

—¿De verdad hablas en serio? —pregunté, dando un paso hacia él, sintiendo cómo las lágrimas caían por mis mejillas—. ¿No es solo una excusa para que esté tranquila?

—Lo digo en serio.

Max se acercó, tomando mis manos entre las suyas.

—Solo si tú lo quieres, Fiona. Este lugar será tuyo. Y yo… estaré aquí contigo, si tú me aceptas.

No supe en qué momento exacto tomé la decisión, pero en ese instante, mientras lo miraba a los ojos, supe que no podía seguir enfadada. Yo también lo amaba, y eso era todo lo que importaba. Asentí, dejando escapar un suspiro que llevaba días conteniendo.

—Está bien, Max. Acepto.

La sonrisa que iluminó su rostro hizo que todos los días de angustia valieran la pena. Nos abrazamos, y en ese momento, me convencí de que todo estaría bien.

Fue entonces cuando la puerta se abrió de golpe, y Jess entró con una sonrisa traviesa en el rostro.

—¿Interrumpo algo? —preguntó, alzando una ceja mientras se quitaba la bufanda.

Max y yo nos separamos, riendo, y la abracé también. Jess comenzó a servirse un café mientras los primeros clientes del día finalmente empezaron a entrar.

La nieve seguía cayendo suavemente afuera. Al llegar esa mañana, ni siquiera me había dado cuenta de que el enorme cartel que había en el exterior, encima de la puerta, había cambiado durante la noche.

Ya no decía *Baxter & Beans.*

Ahora ponía *Fiona's Coffee.*

Y mientras nuestro rincón perfecto de Manhattan se llenaba de vida de nuevo, supe que estaba tomando la decisión correcta. Max volcó su torso por encima del mostrador, me agarró de la cintura y me dio un beso. Un beso que se repite todos los días desde entonces.

EPÍLOGO

Un año después

FIONA

Un año había pasado desde aquella nevada mañana en la que Max y yo nos reconciliamos en lo que solía ser el *Baxter & Beans.*

Ahora, Fiona's Coffee no solo era el corazón palpitante del barrio, sino también un nombre reconocido en Manhattan. Con dos nuevas cafeterías en proceso de apertura y planes ambiciosos para expandirnos aún más, mi vida había cambiado de una forma que nunca podría haber imaginado.

El sol brillaba a través de las ventanas del local original, reflejando su luz en las mesas de madera oscura que habíamos elegido para darle ese toque acogedor que todo el mundo elogiaba.

Era una mañana tranquila, el tipo de mañana que solía disfrutar, cuando el bullicio del desayuno había pasado y el almuerzo aún estaba a una hora de distancia. Jess y yo estábamos sentadas en una de las mesas al fondo, revisando currículums para el nuevo local que abriríamos en el West Village.

—Este chico me cae bien —dijo Jess, señalando un currículum con su boli rojo—. Experiencia en cafeterías artesanales, y además, toca la guitarra en una banda *indie.* Sería perfecto si nos animamos con lo de las noches de música en vivo.

—Me gusta —asentí, revisando los detalles del currículum—. Además, tiene buen historial con los clientes. Esa es la clave. No quiero a nadie que no sepa tratar a la gente con amabilidad.

Jess sonrió, satisfecha con la elección. Durante el último año, se había convertido en mi mano derecha y mi amiga más cercana. Juntas habíamos construido este negocio, y no podría haberlo hecho sin su ayuda. Su capacidad para detectar el talento y su ojo para los detalles habían sido imprescindibles.

—¿Y qué pasa con este? —preguntó Jess, levantando otro currículum con una ceja arqueada —. Trabajó en Starbucks y se queja de los "estándares corporativos". ¿Qué opinas?

Hice una mueca y tomé el papel de sus manos, revisándolo rápidamente.

—Parece que no es fan de las grandes cadenas. No sé si es la mejor opción para nosotros. Queremos a alguien que valore lo que estamos haciendo, no a alguien que esté resentido por su experiencia pasada.

Jess rió y arrojó el currículum al montón de descartados.

—Sí, la última cosa que necesitamos es a alguien que nos critique por ser "demasiado corporativas". Aunque, quién iba a pensar que tendríamos que preocuparnos por eso, ¿verdad?

Asentí, todavía un poco sorprendida por todo lo que habíamos logrado. *Fiona's Coffee* había

comenzado como un pequeño sueño, una idea impulsada por mi amor por el café y el deseo de tener un espacio que fuera verdaderamente mío. Pero ahora, con tres locales en funcionamiento y dos más en camino, me encontraba al frente de una pequeña pero creciente franquicia. La cosa iba rápido. Era mucho más de lo que alguna vez había imaginado, y cada día me sentía agradecida por la oportunidad de hacer lo que amaba.

—¿Sabes? A veces aún no puedo creer que esto sea real —le dije a Jess, apoyando la barbilla en mi mano—. Hace un año, estaba haciendo cappuccinos y charlando con los clientes, sin ninguna idea de lo que me esperaba. Y ahora, estamos aquí, revisando currículums para nuestros nuevos locales. Es una locura.

Jess me miró con una sonrisa.

—Es una locura, sí, pero también es el resultado de mucho trabajo duro y de creer en lo que estás haciendo. No te des demasiado crédito, Fiona. Eres una fuerza de la naturaleza cuando te lo propones.

Me reí, sacudiendo la cabeza.

—Y tú eres la mejor compañera de equipo que podría haber pedido. No lo habría logrado sin ti, Jess.

—Espera, ¿me estás diciendo que no te habría gustado enfrentarte a la burocracia de la ciudad y al proceso de contratación tú sola? —bromeó, levantando una ceja con diversión.

—Definitivamente no —repliqué, riendo—. Gracias a ti, puedo concentrarme en las cosas que realmente me importan, como el café y los clientes.

En ese momento, la puerta de la cafetería se abrió, y el familiar sonido de la campanilla nos hizo mirar hacia arriba. Max entró, trayendo consigo una ráfaga de aire fresco. Se quitó el abrigo y se acercó a nuestra mesa con una sonrisa que me hizo olvidar todo lo demás.

—Buenos días, señoritas —saludó con tono juguetón mientras se inclinaba para besarme—. ¿Interrumpo algo importante?

—Solo estábamos eligiendo a las futuras estrellas del café de Nueva York —respondió Jess con una sonrisa—. Nada que no puedas solucionar con un par de buenos comentarios.

—Ah, ya veo que mi reputación me precede —respondió Max, tomando una silla y sentándose a mi lado—. ¿Qué tal va todo por aquí?

—Bien, muy bien —le respondí, sintiendo cómo mi corazón se aceleraba solo con tenerlo cerca—. Estamos casi listas para las entrevistas finales. Si todo va bien, podríamos abrir el nuevo local en un par de meses.

Max asintió, orgulloso, y me tomó de la mano bajo la mesa.

—Sabes que siempre creí en ti, ¿verdad? —me dijo, susurrando para que solo yo lo oyera—. Todo esto que has logrado es porque eres increíble, Fiona. Sabía que lo único que tenía que hacer era ponerlo en tus manos.

Me ruboricé, agradecida por su apoyo inquebrantable.

—Gracias, Max. No sé qué haría sin ti.

—Probablemente lo mismo que estás haciendo ahora, pero con un poco menos de estilo —bromeó, haciendo que me riera.

Jess nos observó con una sonrisa enigmática.

—Bueno, creo que es hora de que me retire y os deje a solas. Tengo que hacer una llamada importante de todos modos —dijo, recogiendo los currículums y guiñándome un ojo antes de dirigirse hacia la oficina en la parte trasera.

Max y yo nos quedamos solos en la mesa, disfrutando del momento tranquilo en medio de lo

que generalmente era un día agitado. El silencio entre nosotros era, como siempre, perfecto.

—¿Sabes? —dije finalmente—. Estoy feliz, Max. Realmente feliz.

—Yo también, Fiona. Y lo mejor de todo es que esto es solo el principio —respondió, dándome un apretón en la mano.

Sabía que tenía razón. Había mucho más por venir, tanto para *Fiona's Coffee* como para nosotros. Max había estado a mi lado durante todo este proceso, apoyándome y animándome a seguir adelante. Y ahora, mientras miraba el negocio que habíamos construido juntos, sentí que finalmente había encontrado mi lugar en el mundo.

—A veces, pienso en lo que habría pasado si no hubieras entrado esa primera vez al *Baxter & Beans* —le dije, pensativa—. A lo mejor me habría vuelto a casa. A Raleigh.

Max sonrió y me miró con esa chispa en los ojos que tanto amaba.

—¿Quieres saber un secreto? —preguntó, inclinándose hacia adelante como si fuera a contarme la mayor confidencia del mundo—. Desde el momento en que te vi, supe que todo iba a cambiar. No tenía idea de cómo ni de por qué, pero sabía que no podía dejarte ir.

Me reí, conmovida por sus palabras.

—Y aquí estamos —dije, observando el bullicio de la cafetería mientras la gente entraba y salía, disfrutando de sus cafés y conversaciones—. Hicimos esto, Max. Juntos.

—Sí, lo hicimos —respondió, besándome suavemente en los labios—. Y lo seguiremos haciendo, paso a paso, taza a taza.

Mientras el día continuaba y el sol se iba alzando en el cielo, supe que, pase lo que pase, tenía a la persona adecuada a mi lado. Juntos, Max y yo habíamos construido algo hermoso, algo real. Y no había nada más que pudiera pedir.

**

Si te ha gustado esta historia, puedes encontrar todas las entregas de MILLONARIOS DE MANHATTAN aquí. Todas son autoconclusivas y se pueden leer en el orden que quieras.

YA DISPONIBLE

HIJA DE LA MAFIA



Un amor con fecha de caducidad. Un legado peligroso. Una pasión imposible de ignorar.

Valeria Bellucci, hija de uno de los hombres más temidos de Nueva York, sueña con escapar del control de su problemático padre. Durante unas vacaciones en Hawái conoce a Julian Percival, un científico de buena familia que ha huido repentinamente de una misión en la Antártida.

Julian nunca imaginó que alguien como ella lo dejaría sin aliento. Valeria está atrapada entre el deber familiar y un corazón que late por el hombre equivocado.

Mafia. Traiciones. Peligro. Amor a primera vista.

*****

Si deseas estar informada sobre mis próximas publicaciones, apúntate a mi lista de correo haciendo clic aquí. Recibirás un email cuando publique una nueva historia. ¡Nada de spam, prometido!

*****

Puedes contactar conmigo y seguirme a través de Facebook e Instagram (@elsa_tablac); o bien haciendo clic en “seguir” en mi página de autora de Amazon, donde podrás ver todas las historias disponibles hasta la fecha en ebook y papel.

¡Gracias por la lectura!
XXX,
Elsa

¿Quieres leer más mininovelas románticas?

¡No te pierdas mis series de relatos!

Todas las entregas son historias autoconclusivas e independientes y las puedes leer sueltas o en el orden que prefieras.

El largo verano del amor

Un amor desértico
Un amor feroz
Un amor oculto

Millonarios de Manhattan

Millones de razones
Docenas de rosas
Altas dosis de protección
El yate del deseo
Fuego en la mirada
La rehén del millonario
La obsesión del magnate
Destellos de poder
La cura de tus heridas

No deberíamos

Algo atrevido
Algo arriesgado
Algo temerario
Algo prohibido

Hotel Paradiso

Las vacaciones que necesito
El océano que nos separa
El millonario que me espera
El náufrago que la sedujo
La estrella que se esconde
El detective que me sigue
El heredero que regresa
El mafioso que la reclama

Serie MINIS

Todo por un anillo (Minis #1)
Todo por una entrevista (Minis #2)
Todo por una tormenta (Minis #3)
Todo por una aventura (Minis #4)
Todo por una película (Minis #5)

Oficina WonderBooks

Lejos de su ambición
Cerca de tu mesa
Fuera de mi alcance
Hasta que fue inevitable

Las hermanas Alcott

Su eterna promesa

Su eterna presencia

Pasión sin fronteras
El turco
El profesor de inglés
La reportera
Mercurio retrógrado

Los hombres de la montaña
A ocho metros del leñador
A cinco minutos del guardabosques

Títulos independientes y novelas
Hija de la mafia
Maldito millonario en Isla Antigua
¡No pienso besar al grinch!
La huida de Bella
La espía que te amó
El asunto Danvers
Cinco veranos hasta encontrarte
Catriona: un romance rockstar